

CÉLULAS DE MUERTE

CLARK CARRADOS

Células de muerte
Clark Carrados

Espacio el Mundo Futuro/252

CAPÍTULO I

La codicia fue la causa principal de la muerte de Sigh Habbhadah, aunque, siendo justos con los factores que determinaron tan desagradable suceso, es forzoso manifestar que la envidia y el despecho fueron sentimientos que intervinieron también en forma predominante en el acortamiento de lo que, en circunstancias normales, hubiera sido una larga y fecunda vida entregada a la investigación científica.

Dice el sabio filósofo Aarón Munewbris, en su Monólogo acerca de las intemperancias psicoespaciotemporales, que «el hombre que no se ajusta la órbita de su comportamiento subliminal, integrado en la concatenación de los hechos circunorbitarios que afluyen a la exégesis de sus psicopensamientos postclaustrales, es hombre señalado por los hados para un destino que ha de brillar en la noche de la conciencia humana como un faro rojo que indique a sus congéneres el camino equivocado.»

Al elaborar tan afortunado y clarividente aforismo de una comprensión fácil e inmediata, había señalado a la humanidad un camino a seguir; el de la honradez y la rectitud.

Claro está que no faltaban maledicientes, detractores de su obra, que sostenían que aquel chorro de palabras no era sino una sofisticada envoltura de otro refrán tan viejo como la humanidad y mucho más breve... «El que la hace, la paga». Pero esto son cosas de biliosos y enfermos del estómago, envidiosos de la fama que había alcanzado el filósofo.

Naturalmente, tan sabio pensamiento habrá podido aplicarse íntegramente al ya citado Sigh Habbhadah, cuya principal debilidad consistía en creerse más sabio que lo que en realidad era. Por eso, cuando el Premio Nobel de Bioquímica del año 2173 fue otorgado a

un competidor, el doctor Arturo Castagneli, se pasó al bando contrario con armas y bagajes. Entendemos por bando contrario aquél en que se integran todos los que practican el mal en cualquiera de sus modalidades, desde el robo al asesinato. Y Habbhadah se prometió a sí mismo practicarlas todas, con tal de que ello satisficiera, primero, su vanidad insatisfecha, y segundo, su ansia de dinero, que no era poca, todo hay que decirlo.

Y hecha esta dilatada pero necesaria digresión, que ha de servir como introducción al relato que sigue, pasemos adelante.

* * *

El profesor Slezak estaba muy contento. Después de largos años de trabajo, lo había conseguido al fin. Había logrado, en su laboratorio de bioquímica, algo en lo que años antes no habría podido soñarse tan siquiera. Su descubrimiento iba a revolucionar el mundo de la ciencia y esperaba que, aparte de proporcionarle gran fama y nombradía, también trajese un poquito de dinero a sus ya casi exhaustas arcas.

La teoría era sencilla, pero la realización práctica había costado muchos años de alcanzar. Ni siquiera se había completado el descubrimiento del profesor, pero -y esto era lo verdaderamente importante- se había dado el primer paso, asentando el pie sobre un terreno de indiscutible firmeza y solidez.

Habbhadah era ayudante del profesor Slezak. Sin empleo en los últimos tiempos, se había visto obligado a aceptar un cargo notablemente inferior a sus indudables méritos, pero es que el estómago no admite sentimentalismos cuando de llenarlo tres veces al día se trata. Habbhadah no sentía envidia hacia el profesor, sino agradecimiento, un inmenso agradecimiento ya que, merced a ello, esperaba satisfacer los dos deseos tan vehementes en él y que ya se han citado con anterioridad.

Aquel día, los dos hombres estaban examinando el descubrimiento del profesor. Se hallaban en el gran laboratorio que éste tenía montado en uno de los suburbios de la gran ciudad de Denver, al pie de las Rocosas. El laboratorio era muy grande y cubría un área de unos mil metros cuadrados.

Casi la mitad del laboratorio estaba ocupada por máquinas de

todas clases, algunas de ellas construidas tornillo a tornillo por el propio profesor y, posteriormente, con la ayuda de Habbhadah. Un profano hubiera creído que aquel conjunto de cubos de metal, proyectores, aislantes del tamaño de balones de fútbol, paneles llenos de esferillas indicadoras, pantallas y demás, era obra de un loco, pero si Slezak lo estaba, nadie más que él, aparte de su ayudante, por supuesto, sabía desenvolverse a la perfección en aquel maremágnum de aparatos y cables.

Todo ello servía para una cosa: el funcionamiento del cubo de vidrio que había en el centro de la segunda mitad del laboratorio. El cubo medía cuatro metros de lado por tres de alto y era totalmente transparente. En uno de sus ángulos se veía una placa metálica, de medio metro de lado, a través de la cual pasaban al interior los tubos y cables que servían para el desarrollo del experimento del profesor. El cubo se hallaba situado sobre una plataforma algo más ancha que su base, a unos noventa centímetros de altura, a la cual se accedía por tres escalones de gran anchura. Al pie de la misma estaba el cuadro de mandos general.

—Bueno —exclamó el profesor, después de haber hecho funcionar el aparato durante largo tiempo—, al fin parece que lo hemos conseguido.

—En efecto, profesor —concordó Habbhadah respetuosamente —. Éste es un día de triunfo para usted. Ha conseguido llegar a la culminación de su carrera científica. A partir de hoy, profesor, su nombre será pronunciado reverentemente por todos los sabios del mundo, incluso por aquellos cuyas especialidades son distintas a las que usted practica.

Pocos hombres hay inmunes al halago y Slezak no iba a ser uno de ellos. Sonrió, evidentemente satisfecho.

—No tanto, no tanto, mi querido Habbhadah —dijo—. A fin de cuentas, éste no es más que el primer paso.

—Un paso dado con muy buen pie, valga la metáfora.

—Todavía falta lo más importante —comentó Slezak—. Hacerlo en escala digamos industrial y luego conseguir una aplicación práctica.

—Todo requiere sus principios, profesor —arguyó Habbhadah—. La astronáutica no estaría hoy tan desarrollada de no haber sido por los reiterados y numerosos fracasos de sus pioneros. Se sabía que

era factible volar por el espacio, pero ¿quién dio el primer paso? ¿Quién construyó la primera astronave capaz de viajar en el vacío con seres humanos a bordo? Y, sobre todo, ¿quién fue el primero en saber que un cohete provisto de todo lo necesario podría llegar a convertirse en una nave espacial?

—Sus argumentos están llenos de lógica, querido Habbhadah. Le agradezco mucho sus frases. Y ahora he de darle una grata sorpresa. Estoy esperando la visita de un caballero que se ha mostrado muy interesado por financiar mis investigaciones hasta conducirlas a buen término.

El rostro de Habbhadah se iluminó.

—¡Profesor! ¡Ésa es una noticia magnífica!

Slezak sonrió modestamente.

—No he querido decirle nada hasta no tener la seguridad de que mis indagaciones en este sentido iban a tener un remate feliz. Hoy, por fin, puedo anunciarle la seguridad de todo cuanto acabo de manifestarle. El señor Wenner Medina vendrá hoy y...

En aquel momento sonó un zumbador. Slezak volvió la cabeza hacia la puerta.

—Ahí está —exclamó—. Ése debe de ser él.

—Iré a recibirle —se ofreció el ayudante. Habbhadah se dirigió hacia la puerta, antes de llegar a la cual se advertía una pantalla visora empotrada en la pared. El científico manejó un botón y al instante se iluminó el cristal, dejando ver a dos personas situadas en el umbral exterior.

Uno de los recién llegados era un tipo de unos cuarenta años, alto, esbelto, de cabellos negros aunque ya plateados en las sienes. Tenía un indudable aire de distinción, solamente desmentido por la crueldad de sus frías pupilas negras.

El otro, que parecía su acólito de confianza, un guardaespaldas más que un secretarlo, como parecía sugerir el grueso portafolios que llevaba pendiente de la mano, era un hombrón de casi dos metros de altura y ciento veinte kilos de peso, un verdadero coloso capaz de doblar un riel del ferrocarril con las manos. Tenía la frente estrecha y deprimida y los ojos hundidos bajo unas cejas espesísimas, todo lo cual, unido a la nariz deformada por algún atroz golpe, le daba un aire inconfundible de boxeador retirado. Parecía un gorila sin entendimiento apenas, pero algunos que le

habían tratado, confiando en su carencia de cualidades intelectuales, salieron mal parados. En suma, que de tonto no tenía un pelo.

Satisfecho, Habbhadah cerró la visión y manejó otro botón. Parte de la puerta de acceso al laboratorio se deslizó a un lado, corriendo en silencio sobre unas bien engrasadas roldanas.

—Los señores dirán… —apuntó Habbhadah.

—Buscamos al profesor Slezak —dijo el hombre del pelo negro —. Me llamo Wenner Medina. Éste es mi secretario David Little.

—Soy el doctor Habbhadah, ayudante del profesor Slezak. El profesor Slezak les estaba aguardando. Tengan la bondad, por favor.

El ayudante cerró la puerta y echó a andar, precediendo a los recién llegados. Unos pasos más adelante les salió Slezak al encuentro.

—¡Querido señor Medina! —saludó con efusión—. Cuánto me alegro. ¿Se encuentran bien?

—Gracias —contestó el aludido lacónicamente. «No es muy locuaz», pensó Habbhadah—. Yo también me alegro de verle, profesor.

—Pasen —dijo éste—. Vengan conmigo; verán mi aparato en funcionamiento.

Mientras caminaban hacia el cubo de cristal, Slezak se enfrascó en una serie de disquisiciones científicas, absolutamente incomprensibles para un profano en la materia, como lo eran Medina y su secretario. Al llegar junto al cubo, Slezak les indicó

—Siéntense, por favor —dijo—. Ahora mismo les voy a hacer una demostración. Habbhadah, las luces, por favor.

—Sí, maestro —contestó el ayudante, dando a Slezak por primera vez este título honorífico.

Aunque se extinguieron las lámparas que alumbraban el laboratorio, éste no quedó en una total oscuridad, sino que permaneció en una especie de verdosa semipenumbra, como si hubiese quedado una débil fuente de luz distinta de las apagadas y que nacía del centro del cubo. Más allá, aquella luminosidad, apenas perceptible por otra parte, iba disminuyendo hasta extinguirse poco a poco. A diez metros del cubo, las tinieblas eran completas.

Slezak se sentó ante el cuadro de control y empezó a maniobrar

los mandos. Se oyó un zumbido muy suave y tenue, y algo empezó a moverse dentro del cubo.

Era una especie de velo o telilla, apenas visible dada su gran transparencia. No tenía forma porque adoptaba todas las que quería, dada su facilidad de movimientos. En su centro tenía una especie de núcleo más denso, de color lechoso, del cual partía un círculo de raicillas o pedúnculos vibrátiles que se movían perezosamente, con singulares ondulaciones. De aquellos pedúnculos se desprendían leves burbujas de gas que iban agrandándose y ascendiendo hasta desaparecer por completo.

La demostración duró unos diez minutos y durante ese tiempo el profesor dio toda clase de explicaciones a sus visitantes. Al terminar, ordenó que se encendiera la luz.

Medina no parecía haberse alterado en absoluto.

Miró fijamente al científico y manifestó:

—Profesor Slezak, su demostración ha sido punto menos que concluyente. A decir verdad, me ha convencido por completo. Ahora bien, antes de firmar nuestro convenio de cooperación, ¿podría usted responderme a algunas preguntas?

—Sin duda alguna, señor Medina. Diga, ¿de qué se trata?

Antes de empezar a hablar, Medina sacó una costosa pitillera de platino y brillantes y la abrió. Eligió cuidadosamente un cigarrillo y se lo puso en la boca. El gorila, con gesto obsequioso, se apresuró a encendérselo.

Medina expulsó el humo y volvió a mirar al profesor.

—Primero —dijo—, ¿está usted seguro, absolutamente seguro, de que este descubrimiento suyo ha de tener aplicaciones prácticas?

—Por completo —contestó Slezak con los ojos brillantes por la excitación del momento—. Esto no es más que el principio; dentro de poco, un año, dos como máximo, podrá fabricarse mi producto a un precio verdaderamente ridículo. Lo cual, por supuesto, no impedirá que se realicen beneficios fabulosos.

—Bien —murmuró Medina, acariciándose pensativamente la mandíbula—. Sigamos. Dentro de dos años empezará a rendirme beneficios el capital invertido. Naturalmente, este laboratorio habrá de ser ampliado.

—¡Oh, claro que sí! —contestó Slezak—. Por cierto que, previendo que un día podría encontrar un socio como usted, señor

Medina, ordené diseñar unos planos de dicha ampliación. Esos planos están guardados en mi despacho de trabajo, por si usted quiere examinarlos.

—Muchas gracias —dijo Medina, haciendo un gesto ambiguo con la mano—. Quizá más adelante. Y ahora, la última pregunta, profesor. Es… No sé cómo decirlo… un tanto desagradable, pero considero inevitable formularla. Ruego considere mi posición y así mismo la franqueza que me es necesario emplear.

—No se disculpe, señor Medina —dijo Slezak benignamente—. Yo también considero indispensable que la franqueza y la confianza mutua presidan constantemente nuestras relaciones económicas. A decir verdad, estoy seguro de que no podría haber encontrado persona más humana y comprensiva que usted.

Medina inclinó la cabeza, como haciendo un gesto de aquiescencia. Luego dijo:

—La pregunta es: Supongamos que a usted le ocurre algún accidente grave antes de concluir la fase práctica de sus investigaciones. O alguna enfermedad de larga duración o de consecuencias tales que le imposibilitasen para continuar dirigiendo el laboratorio. Puesto que, diciéndolo sin rodeos, yo soy el hombre que ha de arriesgar el capital, estimo necesario poseer unas garantías mínimas que me permitan cubrir, hasta cierto punto, esos riesgos que estoy dispuesto a correr. Entiéndame, profesor; es casi preferible el fracaso científico a un accidente o enfermedad que le dejasen, dicho en términos deportivos, fuera de combate. ¿Me ha comprendido?

—Es claro que sí. No fracasaré —sonrió orgullosamente Slezak —; pero, suponiendo que tal contingencia pudiera producirse, siempre queda el recurso de volver atrás y empezar de nuevo. En cambio, si yo sufriera un accidente o una enfermedad, nada podría hacerse, ¿no es eso lo que quiere usted decir, señor Medina?

Éste asintió.

—Ha comprendido usted exactamente mi pensamiento, profesor.

Slezak continuaba sonriendo.

—Pues no, no hay por qué preocuparse. En tal caso, mi ayudante y discípulo podría seguir adelante sin el menor inconveniente, haciéndolo tan bien o mejor que yo mismo. Descarte la enfermedad o el accidente como causas de riesgo.

—Eso es lo que quería saber —contestó Medina simplemente.

Y sacando de debajo de su chaqueta una minúscula pistolita, apuntó al pecho de Slezak, disparando acto seguido.

La pistolita era antigua, pero eficaz. El disparo hizo un ruido semejante al de una palmada un poco fuerte que, por supuesto, no podría haberse oído fuera del laboratorio. Slezak abrió los ojos terriblemente sorprendido, se llevó las manos al lugar de la herida, en tanto su cuerpo era sacudido por una violenta convulsión, y luego se desplomó al suelo, fulminado por el certero balazo.

Los dientes de Habbhadah castañetearon audiblemente unos segundos. Luego volvió la cabeza, evitando mirar el cuerpo caído, retorcido de un modo patético en el suelo de cemento del laboratorio.

Medina guardó la pistola con perfecta sangre fría, como si todo aquello no fuese sino parte de alguna amable comedia. Miró al ayudante con ojos desprovistos de expresión.

—A partir de ahora —dijo—, y tal como habíamos convenido, usted se hará cargo de las investigaciones. He suprimido al profesor porque éste hubiera sido un estorbo para nosotros. Habló de precios ridículos; estaba chiflado, indudablemente. Cuando lancemos al mercado nuestro producto lo venderemos al precio que nos dé la gana, y la gente lo pagará, estoy seguro de ello.

—Los fabricantes de escafandras de vacío se arruinarán, señor Medina —dijo Habbhadah.

Medina alzó los hombros.

—Peor para ellos. En cambio, nosotros nos enriqueceremos.

—El cincuenta por ciento de los beneficios para mí, como habíamos acordado —dijo Habbhadah.

—Por supuesto —contestó el otro fríamente—. Ahora procedamos rápidamente a la firma del contrato. ¿David?

—Sí, señor Medina —contestó el gorila con voz sin acento.

David Little tomó la cartera y la abrió. Extrajo de ella una serie de documentos que entregó a Habbhadah. Éste los firmó rápidamente y al concluir, sonrió:

—Perfectamente —dijo—, nuestra sociedad está en marcha a partir de este momento.

—Todavía no —objetó Medina—. Aún falta una cosa.

Extrajo su cartera y sacó de ella un papel alargado y de forma

rectangular, de color azulado, el cual entregó al científico.

—Esto es primordial para dar comienzo a nuestra obra —dijo.

Habbhadah leyó la cifra escrita en el cheque y lanzó un agudo silbido.

—¡Cinco millones! —exclamó.

—¿Qué menos? —sonrió Medina, en tanto se ponía en pie.

—Un momento —exclamó Habbhadah, alarmado—. ¿Y esto? ¿Qué vamos a hacer con…? —preguntó, señalando el cadáver de Slezak.

Medina se encogió de hombros.

—Eso es cosa suya, Habbhadah —dijo en tono impertinente—. ¿Para qué se cree, si no, que le pago?

Pocos días más tarde se celebraron los funerales por el profesor Slezak, misteriosamente asesinado por unos desconocidos. El nombre de Slezak no había sonado apenas en los medios científicos, pese a los trabajos, por lo que en los oficios fúnebres solamente estuvieron su apenado ayudante y la hija del difunto.

CAPÍTULO II

Cuando Tom Porter cortó la corriente, al instante cesó de funcionar la máquina perforadora con la que estaba taladrando. Miró hacia su compañero, situado a pocos metros de distancia en una posición muy curiosa, ya que estaba colocado perpendicularmente a él, sostenido únicamente por los pies, a lo que parecía.

—Eh, Eller —llamó.

El aludido cortó la corriente y volvió la cabeza hacia el lugar en que se encontraba Porter.

—¿Qué quieres, Tom? —preguntó.

—¿Has oído hablar de la nueva droga?

—¿A qué droga te refieres, Tom?

—Verás —dijo éste, rascándose la cabeza. Es decir, intentando rascársela sin conseguirlo, porque tenía puesto el casco de vacío—. Lo oí decir el otro día en “El Anillo Dorado”. Se trata de un medicamento que permite, una vez seguido el tratamiento adecuado, vivir en el espacio sin protección de escafandra alguna.

Eller Cavanaugh soltó un resoplido lleno de desdén.

—¡Tonterías! ¿Cómo diablos podría vivir nadie en el espacio sin la protección de la escafandra? ¿A quién se le ha ocurrido semejante tontería?

—Chico —contestó Tom—, no me eches a mí la culpa. Yo me limito solamente a repetir lo que oí.

—¿A quién se lo escuchaste?

—A Darko Solingen, un individuo que tiene acotada una parcela a doce mil kilómetros de nosotros, en dirección noroeste.

—Solingen es un fantasioso recalcitrante, capaz de urdir la más absurda de las fábulas sólo por conseguir una cucharadita de “whisky”. ¿Cuántas copas le pagaste, vamos a ver?

Tom Porter enrojeció, felicitándose interiormente de que su compañero, gracias a la protección del casco, no pudiera verle los colores que le habían salido en el rostro.

—Bueno, bueno —dijo—. Estábamos aburridos y no sabíamos qué hacer, conque...

—Está bien —gruñó Eller—. A trabajar. Vamos un poco apurados de tiempo y si no nos damos prisa se nos anticiparán otros, con el desagradable resultado para nosotros de que habremos perdido todo nuestro dinero y tendremos que pedir un billete de favor para volver a la Tierra.

Porter puso su perforadora nuevamente en funcionamiento.

—¡Maldito oficio! —masculló.

Los dos amigos estaban en los anillos de Saturno. Eran mineros del espacio, una de las profesiones más arriesgadas que pueden imaginarse, pero, al tiempo, también una de las más productivas cuando se descubre un buen filón. Y Porter y su amigo habían dado con el filón.

Los anillos de Saturno, como es sabido, no son sólidos, sino que están compuestos por una cantidad incalculable de fragmentos procedentes, según se cree, del estallido de alguno de sus satélites que, por la acción de la gravedad del planeta, se fragmentó en numerosísimos trozos. Estos fragmentos giran en torno a Saturno formando los anillos tan renombrados y citados por científicos y poetas. Con los fantásticos progresos realizados por la astronáutica en los últimos tiempos, una nueva profesión, la de minero del espacio, había surgido de un modo tan espontáneo como lógico.

Hay millones y millones de fragmentos, que componen los anillos, gravitando en torno a Saturno. Naturalmente, la composición geológica de los planetas es siempre, independientemente de la masa y volumen, la misma en unos que en otros. Claro que en algunos puede abundar más algún elemento físico que en otros, pero, en sustancia, si en la Tierra hay hierro, en Júpiter habrá hierro, y así sucesivamente.

Al estallar el satélite y agruparse sus fragmentos en forma anular -tal como predicen los astrónomos sucederá con la Luna y la Tierra dentro de algunos millones de años- la composición de dichos fragmentos quedaba prácticamente al descubierto. Bastaba solamente disponer de una nave y la suficiente paciencia para buscar, y ya podía considerarse uno como minero del espacio. Los había que se dedicaban exclusivamente al hierro, otros al oro, quien buscaba platino, quien denunciaba un yacimiento de níquel. Y no faltaba el más práctico que se apropiaba de algún trozo de hielo ya que, solamente conque midiera cien metros de lado, daba un millón de metros cúbicos de hielo, o sea, algo más de novecientas mil toneladas de agua. Con la escasez que había en Marte de este líquido elemento, los mineros de hielo ganaban bastante cuando conseguían transportar un bloque hasta aquel planeta.

El transporte, desde luego, no podía hacerse por remolque. No bastaba con clavar un clavo y enganchar una cuerda al bloque y otra a la astronave. Se necesitaba algo más, y esto eran los cohetes que, situados convenientemente en el bloque que se trataba de transportar, lo empujaban hasta llegar al punto deseado.

Eller y Tom se dedicaban, simplemente, al hielo. Hablando metafóricamente -sin metáfora, incluso- en vez de mineros, eran aguadores. Llevaban agua a Marte.

Ya habían hecho tres viajes desde Saturno al cuarto planeta. No se vaya a creer que luego montaban allí un puesto para vender el hielo en bloques. Su procedimiento era mucho más sencillo, como el de todos los mineros que transportaban a Marte el precioso elemento.

Se colocaban los cohetes en el bloque elegido, arrancándolo a la gravitación saturnina y situándolo en una órbita que condujese a Marte. Por supuesto, había que buscar una órbita económica, que consumiese poco combustible, el necesario para la primera

impulsión, y luego alguna que otra inevitable corrección de rumbo.

La parabólica “Hohmann A” solía ser la órbita más empleada por casi todos los mineros, excepto por los que estaban a sueldo de las grandes compañías, a quienes no les importaba hacer una órbita más cara, aunque más rápida. Claro que el importe de la mercancía lo compensaba, ya que solían transportar bloques de metales raros o fuertes: níquel, vanadio, oro, etc. Pero el hielo era lo más cómodo y, a la larga, más productivo.

Cuando el bloque de hielo estaba a punto de llegar a Marte, se frenaba un tanto, al mismo tiempo que se le hacía descender oblicuamente hacia la atmósfera. La velocidad del bloque y la densidad de la atmósfera marciana eran suficientes para provocar una rápida fusión del hielo, el cual pasaba del estado sólido al gaseoso sin transición. Luego los vientos y las alteraciones climatológicas ya se encargarían de convertir aquel vapor de agua en líquido, es decir, por medio de la lluvia.

Una buena idea, muy productiva para el que conseguía llevar de Saturno a Marte un bloque de hielo lo suficientemente grande para que el consejo de gobierno del planeta, por mediación de sus delegados, aprobase el establecimiento de dicho bloque en una “órbita de fusión”.

Naturalmente, antes de dar dicho consenso, se hacía la oportuna medición, a fin de pagar a los atrevidos astronautas el precio conveniente. No era muy elevado, un centavo por metro cúbico de agua -no de hielo- por lo que si Eller y Tom conseguían llevarse aquel bloque, obtendrían un beneficio de nueve mil megadólares, cantidad más que suficiente para compensar el rudo trabajo de cerca de un año.

Al cabo de unos minutos, Tom volvió a interrumpir nuevamente su trabajo.

—Eller —dijo.

—¿Qué quieres? —contestó el aludido. Hablaba desde el interior de un túnel de dos metros de diámetro por cinco de profundidad, excavado en el propio hielo y, naturalmente, lo hacía a través de su transmisor individual.

—Estoy preocupado por lo de esa droga —dijo Tom.

—¿Por qué? —Eller continuaba tenazmente su trabajo. La perforadora era completamente silenciosa.

—Mira que si pudiésemos suprimir este engorro de las escafandras… ¿Te imaginas tú lo agradable que sería poder andar por el espacio sin ningún estorbo, lo mismo que si estuviésemos en nuestra querida Tierra?

—Sí, magnífico; pero todo eso no son más que cuentos de hadas. Vamos, a trabajar, gandul.

—Está bien, está bien —refunfuñó Porter—. Pero sigo opinando que sería estupendo.

—Lo verdaderamente estupendo serán los nueve mil megadólares que nos pagarán cuando hayamos llevado este bloque a Marte —dijo Eller.

Un cuarto de hora más tarde, Tom volvió a llamar.

—¡Eller!

—¿Qué? —contestó el aludido con acento de fastidio.

—Oye, pasado mañana es domingo. Supongo que iremos a pasar el día a Ciudad Piedras, ¿verdad?

—Claro que sí. Nos tomaremos un día de descanso, que buena falta nos está haciendo.

Tal como habían acordado, dos días después ambos amigos se dirigieron a Ciudad Piedras.

Ciudad Piedras había recibido el nombre como una consecuencia lógica del lugar en que se hallaba emplazada, en el centro de un imponente conglomerado de pedruscos, procedentes de la fragmentación del satélite, algunos de los cuales alcanzaban dimensiones verdaderamente exorbitantes. Se hallaba en el anillo exterior, cuya anchura es de unos dieciséis mil kilómetros, aunque emplazada en la parte exterior, sobre la zona explanada de un gran pedrusco que mediría unos tres kilómetros de diámetro.

El astropuerto estaba situado a diez kilómetros, sobre otro pedrusco de tamaño similar. Entre ambos, y rodeando al de la ciudad, había varios gigantescos bloques de hielo, que en tiempos pasados formaban parte del casquete polar del satélite que estalló, los cuales proporcionaban a Ciudad Piedras el agua indispensable para sus necesidades.

Por supuesto, la ciudad estaba organizada en cúpulas estancas, algunas de buen tamaño, y en su mayoría comunicadas entre sí por túneles de enlace. Apenas si había hoteles en Ciudad Piedras; salvo los residentes fijos en la misma, los demás habitantes solían ser

mineros del espacio que hacían su vida en sus propias naves. En las fiestas y vísperas de fiestas, el trasiego de astrobotes desde las naves a la ciudad y viceversa solía ser intensísimo.

Dentro de lo que era la vida en un lugar tan inhóspito, Ciudad Piedras no carecía de comodidades. Eller y Tom dejaron su astrobote -un simple cohete con los mandos indispensables de propulsión y dirección sobre el cual se viajaba a horcajadas, como si fuese un caballo- en el lugar destinado a aparcamiento y luego se dirigieron a la próxima esclusa.

El guardián de la misma les hizo pasar al espacio situado entre las dos compuertas. Estableció la correspondiente presión atmosférica y entonces abrió la compuerta interna. Al pasar al interior de la cúpula, Tom no pudo por menos de lanzar un sonoro suspiro de satisfacción.

—¡Uf! —exclamó—. Al fin puedo despojarme de este armatoste —dijo, en tanto se quitaba el casco.

Su alegría fue prestamente interrumpida por la voz del guardián de la esclusa.

—Son dos megadólares, amigo —manifestó—. Incluido el guardarropa. Denme sus escafandras; yo me cuidaré de ellas.

Porter miró al guardián y luego a su amigo. Ironizó:

—¿Qué te parece? Para que luego digan que no hay civilización a mil trescientos cincuenta millones de la Tierra. Derechos de peaje, guardarropías... Oiga, amigo, ¿no puede indicarme las señas de alguna floristería?

—Se arruinaría usted si quisiera comprar tan sólo un clavel —contestó el guardián—. Hubo un tipo que se trajo cinco toneladas de tierra y, en un principio, pensó dedicarlas a huerta: lechugas, apios y demás. Pero resulta que empezaron a venir las mujeres y cambió de opinión: se hizo mandar semillas de flores y ahora se está forrando de dinero. El otro día hubo un tipo que quiso complacer a su novia por el compromiso que acababan de efectuar. Dijo: “Le enviaré una docena de rosas”. Bueno, al cuarto de hora andaba pidiendo limosna por las esquinas. Le mandó las rosas, sí, pero ahora se ha quedado sin flores, sin dinero y sin novia, porque ¿quién demonios puede querer en esta maldita ciudad a un hombre que no tiene “pasta”?

Eller sonrió ante la desatada verborrea del guardián. Acabó de

despojarse de la escafandra y se la entregó, junto con dos billetes de a megadólar cada uno. El otro le entregó una chapa con un número, y después de hacer lo mismo con Tom, aunque, claro está, sin cobrarle dinero, se alejó rezongando entre dientes.

Los dos amigos echaron a andar con cuidado para no ir a parar contra el techo de las cúpulas si tomaban demasiado impulso al hacerlo, ya que aquel pedrusco tenía una gravedad bajísima. Como todos los días de fiesta, la ciudad estaba animadísima. De todas partes, procedentes de los lugares más distantes del anillo, habían venido mineros que se esparcían por todos los rincones de Ciudad Piedras en busca de algún lugar donde poder divertirse en sus veinticuatro horas de asueto.

De pronto, un numeroso grupo de gente reunida en torno a un individuo que peroraba con enérgicos ademanes, llamó la atención de los dos amigos. Eller y Tom se acercaron al grupo, abriéndose paso a fuerza de codazos entre los circunstantes.

El motivo de la aglomeración era el orador. Éste se había encaramado en una plataforma formada por unos cajones vacíos y llevaba sobre el pecho, pendiente de una correa, una especie de caja plana, que tenía abierta, y en cuyo interior se veían otras más, mucho más pequeñas, con todo el aire de ser productos farmacéuticos.

—Bueno —resopló Tom despectivamente—; estamos en pleno siglo XXII... ¿y todavía hay charlatanes?

—Calla —le dijo Eller, súbitamente interesado por las palabras del orador.

Éste sostenía en la mano derecha, levantada en alto para que la concurrencia pudiera verlo a placer, una caja del producto que vendía, en tanto que señalaba la misma con el índice de la mano opuesta.

—¡El descubrimiento más asombroso de la ciencia moderna, señores! —peroraba el charlatán a grito pelado—. ¡Sí, señores! Ni siquiera Gutenberg o Colón o Newton o Fleming descubrieron nada que pueda compararse con el “Autoxyl”. Y ustedes, sin duda, se preguntarán qué es el “Autoxyl”, ¿verdad? Bien, pues si guardan un momento de atención, lo explicaré, pero antes han de prometerme...

En aquel momento, Eller sintió que alguien le empujaba bruscamente. Se volvió, enojado, con ánimo de reprender al

grosero, pero se contuvo al advertir que se trataba de una mujer.

Era muy joven, apenas tendría veintidós años, de mediana estatura pero perfectamente proporcionada, cosa que podía advertirse claramente a través de la ropa que vestía, común a todos los mineros, y que consistía en un traje de una sola pieza de un detonante color naranja, que en otra mujer habría resultado estridente, pero que en ella resultaba perfectamente natural. Sobre su busto escultural, en el lado izquierdo, llevaba bordadas las iniciales de su nombre, una J y una B en negro. El cabello era castaño claro, con reflejos dorados, y le caía como una cascada, sin apenas ondulaciones, a lo largo de los hombros redondos y perfectos. Tenía los ojos pardos y grandes, y la boca, aunque también grande, era roja y de firme trazado.

La joven no se molestó siquiera en pedirle excusas por el empujón, sino que se quedó, con las manos cruzadas sobre el pecho, mirando fijamente al charlatán. Eller estuvo observándola durante unos momentos, pero no tardó en volver su atención al orador.

Éste estaba explicando las maravillas de su droga, a la cual denominaba “Autoxyl”.

—¿Que por qué lleva este nombre? —declamaba con voz tonante—. Pues es bien sencillo: porque proporciona al hombre células regeneradoras del oxígeno que consume, de tal modo que le permite pasearse impunemente por el espacio sin la protección de la incómoda escafandra, eliminando los riesgos económicos y físicos de esos armatostes. Y ¿cuáles son las ventajas del “Autoxyl” respecto a los engorrosos trajes de vacío?, se preguntarán ustedes...

Eller miró a la muchacha, observando que estaba muy pálida, como si sufriese una viva emoción. Su seno se agitaba con violencia, en tanto que la respiración era acelerada y carente de ritmo. ¿Por qué se agitaba tanto al oír la banal charla de un vendedor de una supuesta panacea?

—¡No es posible que esa droga permita al hombre vivir en el vacío! —chilló uno de los concurrentes.

—¡A ver! —gritó otro—. ¡Que lo demuestre!

El charlatán levantó ambas manos.

—Calma, señores —declaró—. Precisamente, eso es lo que iba a hacer, pero antes quiero decirles...

—¡Un momento! —le interrumpió uno de los circunstantes—.

Vamos a ver cómo nos explica usted una cosa. Puede que esa droga facilite el oxígeno necesario al cuerpo humano para su supervivencia en el espacio. Pero se ha olvidado algo tan esencial como la presión. ¿Qué sucederá si un hombre se lanza al vacío sin la protección de su escafandra? Estallará como un triquitraque, sencillamente, ¿no es así?

Un coro de voces aprobó incondicionalmente las palabras del objetante. Pero el charlatán de nuevo levantó ambas manos al cielo.

—Por favor, señores, por favor —clamó, tratando de imponer silencio—. ¿Creen ustedes que el inventor de la droga no había pensado en un detalle tan esencial? Sería tonto facilitar oxígeno al cuerpo humano si no se le proporcionara al mismo tiempo la suficiente resistencia contra la descompresión. Y el "Autoxyl", fíjense bien, proporciona esa resistencia, ya que en su composición entran...

El orador siguió dando datos técnicos sobre su maravillosa medicina, que el público circundante escuchaba con la máxima atención. Al finalizar, uno de los asistentes exclamó:

—Si todo eso que dices es cierto, ¿por qué no lo pruebas tú mismo?

—¡Sí, eso es! —gritaron varias voces al unísono.

—¡Que nos haga una demostración práctica! —aulló otro.

El vendedor sonrió con aire de superioridad.

—Muy bien —declaró—. Estoy dispuesto a sufrir la prueba del fuego solamente por complacerles a ustedes. Y tengo la completa seguridad de que apenas me hayan visto a mí pasearme por el espacio sin protección alguna, todos ustedes se despojarán de sus embarazosas escafandras que... —durante cinco minutos hizo una agria y demoledora crítica de los trajes de vacío y luego continuó—: Sin embargo, el "Autoxyl" no obra instantáneamente, como algunos de ustedes parecen suponer. Es preciso aguardar algún tiempo entre la aplicación de la primera dosis y la subsiguiente salida al espacio, con el fin de dar tiempo a la creación de las células productoras de oxígeno y para que el organismo humano adquiera las defensas necesarias para resistir, no sólo la falta absoluta de presión que existe en el espacio, sino también las bajísimas temperaturas que reinan en el mismo. Ese tiempo ha sido calculado prudencialmente en unos treinta minutos, media hora, durante la cual ustedes podrán

aguardar, después que me hayan visto aplicarme la primera dosis, bebiendo una copa por mi cuenta en “El Anillo Dorado”, ese magnífico “saloon” que tenemos ahí frente y que...

—Es astuto el tipo —dijo Tom, admirado—. ¿Qué te parece el cebo de la copa que ofrece?

—Luego se lo cobrará en el precio de la droga —sonrió Eller.

—¡Miserable!

El joven respingó al escuchar aquella palabra a veinte centímetros de sus oídos. Se volvió rápidamente.

—¡Señorita! —protestó.

Ella se puso encarnada hasta las orejas.

—Dispénseme —dijo, contritamente. Tenía una voz grave y profunda, pero agradable de oír—. No se lo decía a usted, sino a...

Se detuvo, titubeando sin acabar la frase.

—Excúseme usted a mí, señorita —sonrió Eller. Pero ella ya no le contestó; estaba muy interesada, viendo cómo uno de los concurrentes, a petición del propio charlatán, le aplicaba por medio de una jeringuilla y una aguja hipodérmica, la primera dosis del “Autoxyl”.

Cuando le hubieron puesto la inyección, el charlatán recogió los trastos y gritó:

—¡Todos a beber, muchachos! —dijo a voz en cuello—. Esperemos los treinta minutos reglamentarios en “El Anillo Dorado”.

Hubo una estampida hacia el local. Eller y Tom se vieron envueltos en la turba de vociferantes mineros, pero el primero tuvo tiempo, antes de ser arrastrado al interior del “saloon”, de darse cuenta de que la muchacha no venía con ellos.

* * *

¡Alto! —exclamó Eller por medio de la radio—. Es la hora de comer.

—De beber, dirás mejor —gruñó lastimeramente su amigo—. Menuda resaca me ha quedado después de la gran borrachera que pesqué ayer.

—Lo de la resaca es lo de menos —dijo Eller, bastante descontento—. Lo importante son los ciento ochenta megadólares

que te gastaste miserablemente en alcohol de madera teñido con anilina amarilla y al cual llaman pomposamente jerez. Pero eso ya no tiene remedio.

—Eller, ¿quién no se emborracha después de haber visto lo que vimos tú y yo? —se quejó Tom. Detuvo la perforadora, dejándola con el taladro clavado en el hielo, y saltó hasta el astrobote que flotaba en el espacio a corta distancia.

Su amigo se le reunió a los pocos momentos. Montó en el pequeño vehículo y luego los dos se dirigieron a su astronave, situada en el lado exterior del anillo a un par de cientos de metros de distancia.

Franquearon la esclusa y se despojaron de los trajes de vacío.

—Esto es algo que no tendríamos que hacer si hubiésemos adquirido un par de cajas de “Autoxyl”.

—¿A quinientos “megapavos” la ampolla? Tú estás loco, Tom —declaró contundentemente Eller, en tanto ponía la sartén sobre el fuego.

—Sí, pero ¡estaríamos tan cómodos…!

—Por ahora tenemos nuestras escafandras. Prácticamente son nuevas y pueden durarnos todavía muchos años, a no ser que nos atraviese un meteorito. Pero esta circunstancia es muy difícil de darse en estas regiones; no estamos dentro de la órbita de Marte, donde abundan mucho más.

—Me gustaría ver las estrellas a través de mis propios ojos, sin la protección de un cristal de cuarzo. ¡Sería tan bello! —declaró Tom ensoñadoramente.

—Ahora es muy caro el “Autoxyl” —declaró su amigo—. Ya bajará de precio, como sucedió con todas las drogas más o menos maravillosas que le precedieron. Entonces podrás comprar una caja de doce ampollas, suficiente para un tratamiento completo, por uno o dos megadólares.

Mientras la grasa chirriaba en la sartén, sin volar por los aires en calientes burbujas, gracias a que la astronave estaba dotada de un sistema de gravedad artificial, Tom se sentó a horcajadas en una silla.

—Fíjate, Eller —dijo—. El tipo aquel se puso la primera ampolla delante de nosotros y una segunda en el momento de salir al espacio por la esclusa. Si en seis días te has aplicado las doce

inyecciones, tendrás tratamiento suficiente para un semestre. Claro es que, para prever posibles contingencias, derivadas de la distinta constitución física de cada uno -y en la cual el metabolismo juega un papel preponderante- se aconseja renovar el tratamiento a las veinte semanas. De este modo no se corre ningún riesgo. Y el "Autoxyl" está avalado y comprobado por la Oficina Mundial de Sanidad, de modo que su garantía es absoluta.

—De acuerdo, de acuerdo —contestó Eller, sacando de la sartén el primer par de huevos—, pero esperemos a que baje de precio. No tengo ganas ahora de gastarme mil "machacantes" cada cinco meses, solamente por "respirar" el vacío absoluto. Tiempo tendremos de ello.

—¿Tiempo? —murmuró Tom lúgubremente—. Nos hemos dedicado al poco honroso papel de aguadores, en lugar de entregarnos a la busca de un pedrusco lleno de oro o algún metal parecido. Esto nos hubiera redimido de la miseria para siempre, en lugar de...

—El hielo abunda y es fácil de reconocer —dijo Eller—. No se pierde apenas tiempo buscándolo y mucho menos practicando los túneles necesarios para los cohetes propulsores. Y, por otra parte, encontrarte con nueve o diez mil megadólares cada seis meses, tampoco es cosa que se pueda despreciar.

Tom asintió mientras daba comienzo a la comida.

—Claro que no. Pero fíjate en mi amigo Bick Cluny. Tú te acuerdas de él, ¿verdad? Es aquel tipo larguirucho que quería bañarnos en champaña la última vez que le vimos. Estuvo seis años dando vueltas por estos malditos anillos en busca de algo que le resolviese la situación de una manera definitiva. A última hora ya no querían fiarle ni el valor de un cigarrillo. Pero su paciencia tuvo la recompensa adecuada. Encontró un bloque no muy grande, no creas, de unos treinta mil metros cúbicos. Un veintiocho por ciento del pedrusco era níquel puro. El dos por ciento era tungsteno. El tres era vanadio... Bueno, para qué seguir, Eller.

Éste sacó la sartén del fuego y echando los huevos fritos en su plato se puso a comer junto a su amigo.

—Conforme —dijo—. Tu amigo se hizo millonario. Pero aquí no hay hígados de repuesto y el larguirucho lo tiene convertido ahora en la cosa más parecida a una esponja. Cuando encontró el

pedrusco, estaba tan sano como una pera. Ahora... Bien, dices en su presencia: "¡Vino!", y ya está borracho, fíjate cómo estará de alcoholizado.

Tom emitió un gruñido.

—¿Es que vas a compararme a mí con Cluny?

—Claro que no, pero ¿tan descontento estás de lo que haces?

—Hombre, la cosa no se nos da mal, aunque, si quieres que te diga la verdad, no le veo la solución.

—La solución, ¿en qué sentido, Tom?

—Tú tienes veintinueve años, Eller, y yo treinta y cuatro. Ésta es una edad en que ha de pensarse muy seriamente en el futuro. ¿Cuánto tienes ahorrado, quieres decirme? No hay mes que no se te vayan mil o dos mil "megapavos" en facturas por un concepto u otro. Vives bien, es cierto, pero en tu cuenta, como en la mía, no hay actualmente más de cinco mil "machacantes". A este paso, ¿cuánto crees que tardaremos en reunir lo suficiente para no temer las desdichas de la ancianidad?

—La vida humana alcanza hoy un promedio de ciento cincuenta años —dijo el joven sentenciosamente—. Tenemos, pues, tiempo sobrado por delante para...

Tom meneó la cabeza.

—Eres incorregible —declaró—. Tan testarudo como una mula. Cuando se te mete una cosa en la cabeza, no hay nadie que te haga desistir de ella. Formamos sociedad y podría deshacerla, pero soy lo suficientemente considerado para...

—Si te sientes incómodo o molesto a mi lado, dilo sin rodeos, Tom. No hay cosa que deteste más que las hipocresías —exclamó Eller secamente.

—Está bien, está bien —declaró Tom—. No te enfades, hombre, yo solamente quería...

—Pon la radio. Es la hora del boletín —dijo el joven, levantándose para echar el café al agua que ya hervía.

La voz del locutor irrumpió en la cámara.

—«Aquí La Voz de Ciudad Piedras en su cotidiano boletín de las 18:30 Tiempo Universal, meridiano de Greenwich. Buenas tardes, señoras y señores. Hoy tenemos una noticia sensacional que darles. Tan sensacional como desagradable. Se ha cometido el primer asesinato en la historia de nuestra ciudad...»

Los dos amigos se miraron mutuamente, muy sorprendidos por lo que acababan de oír. ¡Un asesinato!

—«... el muerto se llamaba Georges Ulm y era vendedor diplomado. Su cadáver fue encontrado en la habitación del hotel en que se alojaba, con una media de seda fuertemente atada al cuello, lo cual le produjo la muerte por estrangulación. Un examen más atento de las circunstancias de lugar y tiempo del hecho, han dado como resultado la falta total de la mercancía que vendía el infortunado Ulm, aunque no así el dinero que había recaudado con las ventas realizadas hasta el momento y que asciende, según cálculos, a unos veintidós mil megadólares...»

—«... Se sospecha de una mujer joven y bonita que estuvo rondando por la recepción del hotel y cuyo nombre se ignora, aunque el encargado de la recepción manifiesta que llevaba bordadas sobre el pecho las iniciales J. B...»

Eller estaba sirviendo el café. Respingó de tal manera que el líquido caliente se derramó sobre las rodillas de Tom, que inmediatamente empezó a renegar.

—Dispénsame, chico —murmuró Eller, todavía con la atención puesta en el noticiario radiado. Pero ya poco más había que escuchar, excepto que se decía que la policía de Ciudad Piedras se había lanzado a la búsqueda de la muchacha sospechosa con ánimo de interrogarla y acusarla del asesinato de Ulm si de dicho interrogatorio se desprendía algún indicio de culpabilidad.

Eller tomó su café hondamente pensativo. ¿Aquella muchacha podía ser una asesina? Se le hacía muy duro creerlo, aunque era posible que, bajo su aspecto de ángel, se escondiera un carácter demoníaco. Y, bien mirada la cosa, no hubiera tenido nada de particular que J. B. hubiera estrangulado a Ulm, sobre todo al recordar la cólera que expresó la muchacha mientras el vendedor hacía la propaganda de su mercancía.

Todo era posible.

¿Tenía J. B. algún motivo de enemistad personal contra Ulm? En todo caso, no creía que fuese de índole amorosa. J. B. aparentaba unos veinte o veintidós años, en tanto que Ulm era ya cincuentón, con unos ostensibles síntomas de calvicie y obesidad que no le hacían precisamente el tipo ideal para enamorar a una muchacha tan fina y delicada como J. B. Pero, por otra parte, ¡se contaban

tantas historias de los viajantes de comercio!

Había otro punto que intrigaba a Eller. Había desaparecido la mercancía, pero el dinero había quedado intacto. ¿Por qué abandonar una suma tan sustanciosa, veintidós mil megadólares? Aquél era un contrasentido que el joven no alcanzaba a explicarse. Hubiera entendido mejor el robo del dinero que el de la mercancía, pese a que ésta superara, en valor, a la suma hallada junto al cadáver de Ulm. El dinero no tenía nombre. La mercancía sí. ¿Qué iba a hacer J. B. con unas cuantas docenas de cajas de "Autoxyl"? ¿Venderlas por su cuenta? Imposible; se delataría a sí misma apenas hiciese la primera oferta.

¿Entonces...?

Meneando la cabeza, Eller renunció a seguir pensando. Aspiró la última bocanada de humo del cigarrillo que había estado fumando hasta el momento y dijo:

—Tom, es hora de volver al trabajo.

—¡Negrero! —le contestó su amigo.

* * *

Una semana mas tarde, todo estaba listo para la partida.

Los dos amigos habían instalado varios tubos de acero en el colosal bloque de hielo, conteniendo cada uno de ellos un potente convertidor total de masa, conectados individual y separadamente, por medio de un sistema de microondas radiales, a un puesto de mando situado en la cabina de control de la astronave.

De no haber sido por aquellos generadores, el transporte hubiese resultado imposible. El solo intento de apartar aquel millón de toneladas de hielo de la órbita que recorría en torno a Saturno hubiera costado una cantidad ingente de energía, que hubiera debido ser proporcionada por fabulosas cantidades de combustible.

Con el convertidor total, cualquier cosa podía ser combustible. Lo mismo daba echar a su horno un pedazo de madera que un trozo de hierro que un pedrusco. Hasta un traje viejo podía servir para el caso. Aquellos extraordinarios generadores proporcionaban energía de cualquier objeto sólido, líquido o gaseoso, y funcionaban de modo ininterrumpido en tanto se les proporcionase la masa suficiente para su desintegración en los minúsculos pero poderosos

hornos atómicos contenidos en su interior.

Naturalmente, disponiendo de "combustible" en abundancia, no era necesario embarcar este material a bordo de la nave. Con disponer de agua, es decir, de hielo, los generadores ya se encargarían del resto. El convertidor total de masa se llamaba así porque aprovechaba íntegramente la energía contenida en cualquier materia, y no como antiguamente que sólo podía utilizar el uranio como alimentador de las pilas y del cual se aprovechaba únicamente una pequeña parte, perdiéndose el resto en residuos tan nocivos como inaprovechables.

Probaron el sistema de encendido.

—Funciona —dijo Tom, situado ante el cuadro auxiliar de mandos.

—Suministro.

—Todo en orden.

—Relación de chorros.

—Completa.

—Enlace.

—Efectuado.

—Comprobación de potencial energético.

—Al cuadro.

—Volumen.

—En el punto exacto.

—Velocidad de eyección.

—En regla.

—Bien —dijo Eller al cabo de unos momentos—, creo que podremos salir adelante. Todo está listo ya. Creo que no se nos ha olvidado nada. En cuanto hayamos salido de la atracción de Saturno, estableceremos la órbita.

—Las cartas estelares están a mano.

—De acuerdo. ¿Listos para encender los chorros?

—Listos, Eller.

Aquel momento era siempre el más emocionante. Era la culminación de largas horas de trabajo, entre las cuales había que incluir las de estudio topográfico, volumétrico, densimétrico del bloque de hielo, sin contar, naturalmente, las perdidas en la búsqueda y localización del mismo. Si alguno de los cálculos estaba mal efectuado, si la colocación de los propulsores se había

efectuado irregularmente, todo el tiempo empleado -y el dinero, por supuesto- no habrían servido para nada. Sería preciso volver a empezar de nuevo, con las pérdidas consiguientes.

—Chorros uno y dos, ¡fuego! —ordenó Eller.

Tom apretó los botones correspondientes en el cuadro de telemando. A través de la lucerna de la cabina de control, Eller contemplaba el bloque con unos poderosos prismáticos, en tanto que, a su lado, un altavoz contaba tenuemente los segundos, con el fin de no hacerle perder el tiempo mirando un cronómetro.

A trescientos metros de distancia, dos largas llamaradas surgieron de la base "sur" del enorme bloque de hielo. Sin embargo, permaneció inmóvil.

—Chorros tres y cuatro, ¡fuego!

Otras dos llamaradas se unieron a las anteriores. El bloque continuaba inmóvil.

—Los chorros cinco al ocho, con intervalos de dos segundos, Tom —ordenó el joven.

Seguía con los prismáticos pegados a los ojos. Uno tras otro, cuatro poderosos dardos de fuego partieron, hundiéndose en las profundidades del anillo y abrasando la superficie de un pedrusco cercano.

El bloque de hielo osciló ligeramente.

—Chorro quince, doscientas unidades de energía, ¡pronto!

Las expertas manos de Tom manejaron los controles del cuadro. En uno de los costados del bloque se vio arder una nueva y poderosa llama.

Pero el bamboleo parecía acentuarse.

—Aumenta a trescientas, Tom. Enciende el chorro dieciséis a trescientas veinte.

Otra llamarada ardió en el espacio. Los tubos quince y dieciséis formaban parte de los que proporcionaban la dirección al bloque en el caso de una posible desviación de su rumbo.

El bloque se enderezó y empezó a ascender lentamente en el espacio, impulsado por ocho enormes tubos de una potencia de cincuenta mil toneladas de empuje cada uno. Por unos momentos pareció que iba a quedarse en el mismo sitio; luego aumentó la velocidad.

—Chorros veinte al veintitrés, a cien.

—Conforme —contestó Tom, efectuando las operaciones pertinentes.

El enorme bloque de hielo ya estaba completamente fuera del anillo, sobresaliendo por encima de éste unos ciento cincuenta metros. Ahora era preciso encarrilarlo en una órbita que lo llevara a Marte, una vez establecida la cual, los dos amigos podrían echarse a descansar, sin otra preocupación que revisar de vez en cuando los instrumentos de a bordo.

En el costado derecho del bloque, visto desde la nave, se encendieron cuatro fuegos. El enorme “iceberg” ascendió aún unos centenares de metros antes de que su inclinación pudiera ser perceptible a simple vista.

Entonces Eller ordenó:

—Reduce los laterales, del veinte al veintitrés, a cuarenta.

Las llamas direccionales redujeron su fulgor. El bloque, sin embargo, continuó inclinándose. Era más largo que ancho y en pocos momentos adquirió una posición teóricamente horizontal.

—Cierra tubos laterales.

—Tengo encendidos los quince y dieciséis, Eller.

—Déjalos así durante veinte segundos. Luego, cierra también.

—De acuerdo.

Poco a poco, el gigantesco “iceberg” empezó a adquirir velocidad. Eller había instalado en la superficie del mismo un destellador que influenciaba la pantalla de radar, con el fin de poder calcular de este modo la órbita del mismo. Estudió la pantalla, cuyas anotaciones eran grabadas automáticamente en el computador de órbitas, y expresadas de modo gráfico en la cinta registradora.

—Por ahora —dijo al cabo de unos minutos de atento examen—, vamos bien. Quizá dentro de uno o dos días sea preciso hacer una leve corrección de rumbo. Mientras tanto, deja que los ocho propulsores continúen funcionando, pero auméntalos a quinientos. Debemos ganar todo el tiempo posible, ¿entiendes?

—Está claro —contestó Tom, sin separar la vista de sus controles.

En aquel momento se oyó una voz.

—¿Les importa que pase?

CAPÍTULO III

Eller y Tom se volvieron al unísono y abrieron la boca en el colmo del asombro.

—¡Cielo!—exclamó Tom totalmente aturdido—. Una mujer.

Eller la reconoció al instante.

—¡J. B.! —dijo.

—La misma —contestó ella, haciendo una graciosa inclinación de cabeza—. ¿Puedo pasar?

Tom se levantó de un salto, ofreciéndole una silla con apresurada cortesía.

—Siéntese, señorita, no faltaba más. Mi nombre es Tom Porter. Éste es mi amigo Eller Cavanaugh. Nuestra nave se llama...

Ella ahogó una sonrisa.

—Estoy enterada de todo lo concerniente a ustedes —manifestó de manera harto sorprendente—. En estos dos días que he pasado a bordo de su nave, he tenido tiempo sobrado de enterarme de ello.

—¡Cielos! Eller, ¿oyes lo que está diciendo?

—Perfectamente, Tom —contestó el aludido con voz helada—. Lo he oído muy bien. También he oído las requisitorias que la policía ha lanzado contra ella. ¿No lo recuerdas?

—Ella no es la asesina, Eller —dijo Tom protestando vehementemente—. ¿No te fijas en su cara?

—Lucifer también era muy hermoso —contestó el joven pensativamente—. Esto no impidió que se convirtiese en reo de un nefando delito.

La muchacha adelantó la barbilla agresivamente.

—¿Acaso me está llamando demonio? —preguntó.

—Antes de seguir adelante, señorita, dígame: ¿cómo se las ha arreglado para introducirse en nuestra nave?

—Pues como suelen hacer todos los polizones —sonrió J. B. deliciosamente—: aguardando la ocasión propicia.

—Supongo que lo habrá hecho mientras nosotros estábamos ocupados en el espacio.

—Supone perfectamente, señor Cavanaugh. Estuve aguardando a que ustedes se fueran a trabajar y entonces me metí en la nave. Esto sucedió hace unas cuarenta y ocho horas, como he dicho con

anterioridad.

—¿Y qué ha comido mientras tanto? —preguntó el espíritu práctico y resolutivo de Tom.

J. B. palideció repentinamente y hubiera caído al suelo de no haber hallado en su camino la silla providencialmente puesta por Tom. Éste se apresuró a sostener a la muchacha, en tanto que exclamaba:

—¡Eller, pronto, tráete unas galletas y un poco de vino! Esta chica está muriéndose de hambre.

El joven accedió a regañadientes. El pañol de víveres de su nave estaba bien surtido y por ello pudo regresar poco más tarde con lo pedido.

J. B. tomó unas cuantas galletas y tomó una copa de vino generoso. Los colores volvieron inmediatamente a su lindo rostro.

—Es Málaga legitimo —sonrió Tom—. Me lo regaló un amigo que...

Pero Eller continuaba sin desarrugar su ceño.

—Señorita J. B. —dijo, cuando vio que ella se encontraba en condiciones de atenderle—, ¿puedo preguntarle si se da cuenta de la enormidad que ha cometido?

—No soy ninguna asesina, si es a eso a lo que se refiere, señor Cavanaugh —declaró ella altivamente—. Por ese lado, pues, puede estar tranquilo. En cuanto a los gastos que mi presencia en su nave les origine...

—Los gastos es lo de menos, señorita —contestó él duramente—. Es decir, el capítulo correspondiente a su manutención. Hay otros de los cuales difícilmente podrá usted resarcirme, y son los que me originará la vuelta a Saturno con el fin de entregarla a la policía de Ciudad Piedras, que la tiene reclamada como testigo principal, y quién sabe si autor, de un homicidio.

Tom saltó en su asiento.

—¿Qué? ¿Vas a entregarla a las autoridades? —barbotó.

—Pues ¿qué creías que iba a hacer? —dijo Eller sin inmutarse—. Es nuestra obligación. Además, ella no figura en nuestro rol de tripulación. ¿Qué dirán las autoridades marcianas si la ven desembarcar de una nave en la que oficialmente sólo hay dos tripulantes: tú y yo? Nos retirarían inmediatamente la patente de astrogadores y ello significaría nuestra ruina segura, Tom. Ello,

aparte de lo que pudiera sucedernos como cómplices y encubridores del autor de un crimen. No, no tengo ganas de complicaciones. Bastantes nos ha creado con su presencia a bordo. Ya veremos —concluyó sombríamente—, quién nos resarce de los gastos que nos va a costar este hospedaje improvisado.

J. B. se puso en pie.

—Está bien —dijo—. Vuélvase atrás o llame por radio a la policía de Ciudad Piedras. No me importa. Creí haber encontrado dos caballeros, pero me he equivocado en el cincuenta por ciento.

—¡No se trata de caballerosidad, señorita —exclamó el joven airado—, sino de un crimen, en el cual está usted directamente complicada!, ¿me comprende?

—¿Ah, sí? —exclamó J. B. burlonamente—. Y ¿qué es lo que le hace suponer a usted tamaña barbaridad? ¿Los boletines informativos de La Voz de Ciudad Piedras? ¿Ha recibido alguna confirmación oficial de que yo soy la autora de la muerte de Ulm? ¿Hay algún testigo presencial y directo del hecho?

—Escúcheme… —exclamó Eller, avanzando las manos como si intentase detener aquel alud de palabras.

Pero J. B. se había lanzado por el camino de la locuacidad y parecía difícil detenerla.

—Me está acusando de asesinato. Soy inocente y espero probarlo algún día, pero no quedándome en Saturno, donde todas las probabilidades estarían en mi contra. Tendré esto en cuenta, para presentar una demanda contra usted por difamación, el día en que se me declare legalmente exculpada de esta acusación, ¿se entera? Además, ¿se ha parado siquiera a considerar las circunstancias del hecho?

—No, no me interesan. No soy policía, sino un simple minero del espacio que…

—Eso, un minero —declaró ella despectivamente—. Mucha ingeniería, mucha astronomía y cálculo integral y diferencial, pero de capacidad de discernimiento, absolutamente nada. ¿Se ha detenido siquiera a pensar en la incongruencia que representa imaginar que una mujer de mi complexión y fuerza física pueda estrangular a un hombre como Ulm?

Tom chasqueó sonoramente los dedos.

—Pues, ¡es cierto! —exclamó.

—Gracias —dijo ella sin mirarle. Tenía los ojos clavados en Eller, mientras seguía hablando—. Ulm había rebasado la cincuentena, pero tenía las fuerzas de un hombre de treinta años. Fue sorprendido mientras dormía y forcejeó desesperadamente para librarse del dogal que le estaba estrangulando —J. B. levantó las manos—. ¿Cree usted que yo hubiera podido resistir su contraataque? ¿Cree que yo poseo fuerza suficiente para apretar tanto la media que mató a Ulm como para introducirla profundamente en la carne de su cuello? Al primer manotón me hubiera derribado por el suelo, aun sorprendiéndole dormido, a menos que le hubiera atontado previamente con un fuerte golpe en la cabeza. Este caso no se ha dado, ya que todos los indicios, repito, demuestran que luchó antes de morir. ¿Se convence ahora de que yo no he sido? —concluyó la muchacha.

Eller se acarició la mandíbula con gesto dubitativo.

—Es posible —murmuró—. A pesar de todo, opino que debiera presentarse a las autoridades de Ciudad Piedras. De este modo demostraría su inocencia y…

—De este modo —le interrumpió J. B. acaloradamente— no conseguiría sino meter yo misma mi cuello en el lazo del verdugo. Ulm tenía poderosos amigos que no permitirían un juicio honrado e imparcial.

—Debes dejarla con nosotros —intercedió Tom—. Date cuenta de su situación, Eller.

—Tú eres también de los que opinan que basta tener una cara bonita y unos ojos regulares para ser inocente, ¿verdad? —refunfuñó el joven.

—Es usted muy poco cortés —exclamó J. B. muy enojada—. ¡Decir que mis ojos son sólo regulares! Le creía un poco más galante, señor Cavanaugh.

—No estamos hablando aquí de sus ojos, sino de las complicaciones que su presencia nos crea en la astronave —gruñó Eller—. Bien, supongamos que accedo a que se venga con nosotros. ¿Cómo soslayaremos la intervención de las estaciones de ruta? ¿Qué explicación doy a los aduaneros de Marte?

—¿Es necesario que la enseñes? —preguntó Tom.

—Bueno, entonces ¿piensa pasarse su vida yendo de un lado para otro, sin desembarcar nunca? Podemos esconderla a bordo, es

cierto: incluso podemos hacer que pase desapercibida a los ojos de los inspectores. Pero no va a permanecer eternamente en la nave. Un día u otro tendrá que salir y...

—Señor Cavanaugh —dijo J. B.—: ¿quiere dejarme a mí la solución de ese problema? Yo me las arreglaré para no causarles ningún trastorno.

—Eso es más fácil de decir que de hacer —masculló el joven.

—Hagamos la prueba —repuso ella lacónicamente.

—Vamos, Eller —dijo Tom.

—¡Oh, está bien! —exclamó Eller, exasperado—. Que se quede. O que se tire por la esclusa; me da igual.

—¡Viva! —gritó J. B., saltando al cuello de Eller y besándole en una mejilla—. Es usted el astronauta más bueno que he conocido en mi vida.

—Oiga, oiga —protestó Tom, picado en su amor propio—. Y para mí, su más ardiente defensor, ¿no hay nada?

J. B. sonrió encantadoramente. Se acercó al gigante y le dijo:

—Siéntese, es usted demasiado alto.

Tom obedeció, cerrando los ojos como si se encontrara en éxtasis. J. B. le besó suavemente. Tom lanzó un hondo suspiro.

—No he sentido nada igual desde que mi pobre madre... Bueno, dejemos los recuerdos a un lado; no quiero ponerme sentimental. —Se levantó—. Creo que esto merece la pena celebrarlo como es debido. ¿Qué tal si tomásemos una copita los tres?

—Estupendo —palmoteó alborozadamente la muchacha.

Mientras Tom servia la bebida, Eller preguntó:

—¿Por qué nos eligió precisamente a nosotros?

—Aunque no tan poderosos como los de Ulm, yo también tengo amigos en Ciudad Piedras —declaró ella—. Uno de ellos me advirtió que su nave estaba próxima a zarpar. Entonces me vine hacia aquí...

—¿A pie? —preguntó el joven en tono zumbón.

—Oh, no; me trajo ese mismo amigo en un astrobote. Ustedes tenían cerrada la esclusa, pero no con llave. Fue sencillísimo pasar al interior y esconderme hasta que sentí la vibración del despegue. Entonces salí... y eso es todo.

—Eso no es todo —declaró el joven con acento tajante—. Todavía no hemos tenido el honor, quizá un poco dudoso, de conocer su nombre, señorita...

—J. B. —replicó ella, con el vaso en la mano—. Si no tienen inconveniente, preferiría que me llamasen por mis iniciales.

Las miradas de Eller y Tom se dirigieron simultáneamente hacia el anagrama que ella tenía bordado en el lado izquierdo de su pecho, bien delineado bajo la tela del vestido que lo cubría. J. B. enrojeció levemente.

Tom emitió un carraspeo.

—Bueno, brindemos por el huésped más encantador que ha pisado jamás el suelo de nuestra nave. ¡Por la linda y hermosa J. B.!

Eller levantó su vaso a medias, aunque sin añadir palabra. Despachó su ración de Málaga de un solo trago y luego exclamó:

—Está bien. Volvamos a nuestro trabajo.

Tom se sentó ante el tablero de mandos, en tanto que el joven regresaba junto a la lucerna. Estuvo examinando unos momentos la marcha del bloque de hielo, alternando con frecuentes miradas a la pantalla y a la carta estelar correspondiente al primer sector de la órbita, carta que un aparato especial proyectaba en una pantalla de vidrio de casi dos metros de ancho, y luego dijo:

—Por ahora va bien. Quizá luego tengamos que corregir un poco el rumbo, pero de momento conviene seguir así en tanto alcanzamos al menos el setenta por ciento de la aceleración. ¿Cuál es nuestra velocidad?

—El borde exterior del anillo gira a dieciséis kilómetros por segundo — contestó Tom—. Hemos necesitado un quinto más de esa velocidad para despegar y estamos acelerando constantemente, de modo que ahora vamos a... a... espera que lo calcule... Sí, eso es, casi el doble, de modo que nuestra marcha está próxima a los ciento cuarenta mil a la hora.

El disco de Saturno ocupaba aún buena parte del horizonte visible, resplandeciendo bajo la luz del lejano sol con vívidos tonos naranja, ocre y amarillo principalmente, estriados de vez en cuando por deslumbrantes bandas verdes y azules. Sin embargo, si se tenía la vista fija durante unos minutos en el borde, comparándolo con las estrellas, que, en apariencia, lo rozaban, era fácil advertir que el intervalo entre las mismas y dicho borde aumentaba paulatinamente y, en contraste, disminuía el tamaño del gigantesco planeta.

—Todavía tenemos que acelerar más —declaró el joven, al cabo

de un rato de cálculo mental—. Necesitamos alcanzar unos ciento treinta kilómetros al segundo para emplear ciento dos o ciento tres días en alcanzar la órbita de Marte. Este cálculo es aproximado, puesto que no incluyo el tiempo perdido en las correcciones de rumbo.

—También puede ganarse de esa manera —dijo Tom flemáticamente.

J. B. se había acercado también a la lucerna, aunque permanecía en silencio, en tanto la nave se alejaba de Saturno a una velocidad vertiginosa. Aquella velocidad tendría que ser aumentada durante dos días seguidos, después de lo cual se necesitaría mantenerla para llegar a Marte en la fecha indicada.

—Encuentro raro —comentó Eller al cabo de unos momentos— que el asesino robase solamente las medicinas de Ulm y respetase, en cambio, el dinero. Eran veintidós mil megadólares. ¿Qué opina usted de ello, señorita J. B.?

—Llámeme simplemente por las iniciales —contestó la muchacha—. En cuanto a lo que acaba de preguntarme, no puedo contestarle con exactitud. Supongo, sin embargo, que el asesino pudo ver algo más interesante en las medicinas que en el dinero.

—¿Y no tiene usted idea de quién pudo haber sido?

Ella meneó la cabeza.

—En absoluto —declaró con acento convincente.

Eller no se dio por satisfecho y volvió a la carga.

—Cuando Ulm pregonaba su mercancía en la Plaza de Titán, de Ciudad Piedras, pude verla a usted por primera vez, J. B. Estaba muy alterada y me dio la impresión de que odiaba al muerto.

—No exactamente a Ulm, a quien no conocí, sino hasta aquel momento. Mi odio se dirige hacia quienes le suministraron el “Autoxyl” para la venta.

—¿Por qué?

Los ojos de la muchacha chispearon.

—Permítame que me lo reserve, señor Cavanaugh —declaró enfáticamente—. Usted no lo comprendería y además, en todo caso, lo único que conseguiría sería aumentar sus quebraderos de cabeza. Olvidemos esto, por favor.

Eller se encogió de hombros y con un «A su gusto», dio por zanjada la cuestión.

Una semana más tarde volaban ya a más de sesenta y cinco kilómetros por segundo. Saturno no era ya más que un disco pálido de un tamaño aparente inferior al de una moneda de diez centavos y ni siquiera los anillos se divisaban, por hallarse completamente horizontales respecto al eje de la astronave.

A trescientos metros de ésta, el bloque de hielo refulgía como un colosal diamante en la eterna noche del espacio.

Tres semanas más tarde, estaban adentrándose ya en la red de órbitas de los satélites de Júpiter. Después de rebasado este planeta, sólo les restaría efectuar la definitiva corrección, teniendo en cuenta el influjo desviatorio de la enorme atracción del gigante de los planetas, y entonces se lanzarían velozmente hacia su punto de destino.

Pero estaba escrito que las cosas no iban a salir como Eller había pensado. En el vigésimo tercer día de su partida, la luz roja del sistema de alarma empezó a oscilar alarmantemente, al mismo tiempo que un claxon esparcía sus roncos sonidos por todo el ámbito de la nave.

Los tres ocupantes de la misma corrieron hacia la cabina de mandos. Como de costumbre, Tom se sentó ante el cuadro de control, en tanto que Eller se dirigía hacia la lucerna de observación.

—Es una llamada de socorro urgente —declaró Tom.

—Sitúa la posición —dijo el joven.

—¿Habrá sucedido algún naufragio? —preguntó J. B., muy alarmada.

—Lo más probable —contestó Eller, ceñudo, avizorando el espacio a través de sus prismáticos electrónicos, capaces de proporcionar más de ciento cincuenta aumentos.

—La llamada procede de Calisto —dijo Tom al cabo de unos momentos de atenta observación.

—¿Dicen algo?

—Sólo puedo captar un SOS muy débil y la posición, pero ningún detalle más, Eller.

El joven frunció el ceño. Aquel contratiempo inesperado les iba a originar una pérdida apreciadle de tiempo, lo cual se traduciría muy posiblemente en una reducción de sus ganancias. Sin embargo, no se había dado jamás, que él supiera, el caso de un navegante

espacial que hubiese desatendido una señal de SOS, y él no iba a ser el primero en hacerlo.

—Está bien —declaró al cabo—. Sitúa exactamente el lugar del naufragio y prepáralo todo para comenzar a decelerar. Graba una respuesta y ponla en el emisor automático, sintonizándolo con la longitud de onda del que nos llama. Así sabrá que vamos en su socorro. Que la frecuencia de las respuestas sea de dos minutos entre una y otra.

—De acuerdo —dijo Tom, empezando a hacer lo que su amigo le había indicado.

CAPÍTULO IV

La nave quedó en órbita en torno a Calisto, el cuarto satélite de Júpiter, junto con el bloque de hielo que remolcaba hacia Marte.

La distancia de la nave al satélite era de unos cinco mil quinientos kilómetros, lo cual hacía que la velocidad orbital fuese de siete u ocho kilómetros por segundo, aproximadamente. De este modo, considerando el diámetro de Calisto, cada dos horas, aproximadamente, debían sobrevolar sobre el mismo punto, teniendo en cuenta que la órbita había sido establecida en un plano sensiblemente paralelo al ecuador de dicho satélite, puesto que las señales recibidas a través de la radio hacían sospechar que el naufragio se había producido en un lugar no lejano de dicho círculo geográfico.

Mientras Eller mantenía la vista constantemente fija en la superficie del satélite, Tom escrutaba atentamente las pantallas detectoras, sin perder ninguna de las señales recibidas. Fue preciso que transcurrieran dos horas y media, es decir, más de una vuelta completa a Calisto, antes de que el gigante pudiera decir:

—Ya los tengo localizados, Eller.

—¿Sí? Proyecta el mapa del satélite en la pantalla y señálame exactamente la posición. ¿Les has dicho que vamos a socorrerlos?

—Por supuesto, pero no contestan. Sólo pueden emitir la llamada de socorro.

De pronto, Eller se dio cuenta de que la muchacha había desaparecido de su lado. Se volvió, advirtiendo que había salido de

la cámara. Pero no le concedió mayor importancia al detalle.

—Listo el mapa, Eller —dijo Tom—. Las señales proceden de un punto situado a los 300 grados Norte, 43' Este, orientación estelar.

Eller miró el mapa del satélite, que había sustituido a la carta del espacio. Manejó el mando de aumento de la pantalla, agrandando la imagen, hasta que hubo llegado al máximo. Entonces examinó el mapa con más atención.

—¿Puedes conectar aquí el destellador, Eller?

—Claro que sí. Ahora mismo.

Una chispa amarilla empezó a lanzar destellos intermitentes en la pantalla de los mapas.

—Muy bien —declaró Tom—. Ya lo tengo localizado en el mapa. Está a unos cuantos kilómetros al norte de la Cordillera Sabatina. Vamos a ver si podemos hallarlo por examen visual.

Una vez fija la posición del naufragio en el mapa, el resto era relativamente sencillo. Eller miró a través de los prismáticos hacia la superficie de Calisto, que refulgía con cegadores resplandores, y no tardó en divisar unos puntitos negros que destacaban poderosamente sobre los hielos eternos del satélite.

—Ahí están —declaró—. ¡Tom!

—¿Sí, Eller?

—Lanza un disparo luminoso de magnesio. Si no pueden oírnos, espero que al menos nos vean.

—Conforme.

Tom pulsó un botón y al instante un pequeño proyectil partió de las entrañas del navío espacial, alejándose de éste con vertiginosa rapidez. Recorrió unos centenares de kilómetros y, de pronto, su carga de magnesio estalló con un poderoso fogonazo que dispersó las tinieblas en un radio amplísimo.

La luz penetró dentro de la nave a través de la lucerna, proyectando duros ángulos de sombra en el interior de la cámara. Pero tanto Eller como Tom estaban prevenidos y el resplandor no les causó el menor daño.

—Bueno —declaró el primero—. Vamos a tomar un poco de comida y luego alistaremos los astrobotes. Tendremos que dar una vuelta completa sobre Calisto y descender antes de llegar a la Cordillera.

—De acuerdo.

* * *

Cerca de dos horas más tarde, Eller y Tom estaban listos para zarpar. La nave disponía de dos astrobotes y cada uno sería tripulado individualmente. No sabían con lo que se iban a encontrar en la superficie del satélite y era preciso ir prevenidos.

Cuando ya se disponían a dirigirse hacia la esclusa, con los cascos bajo el brazo, se cruzaron con la muchacha.

—Hola —dijeron los dos hombres al mismo tiempo, con aire distraído. Y siguieron su camino.

De pronto, Tom agarró el brazo de su amigo, obligándole a detenerse.

—¡Eller, esta mujer no es J. B.! —exclamó, terriblemente desconcertado.

Eller se volvió contemplando a la muchacha que les sonreía irónicamente, a pocos pasos de distancia. El joven extendió su brazo, con gesto acusador.

—¿Quién es usted? —exclamó airado—. ¿Quién le ha dado permiso para...?

—Soy J. B. —contestó ella con dulzura—. ¿O son tan desmemoriados que ya no se acuerdan de mí?

Eller se pasó la mano por la cara. Miró a Tom, cuyo gesto no podía ser más cómico.

—¡Que me arranquen el cuero cabelludo si lo entiendo! —murmuró lleno de desconcierto.

J. B. seguía sonriendo. Levantó la mano derecha y se ahuecó el cabello. Ahora lo llevaba muy corto y de un rubio platino deslumbrante. Aquella simple transformación de maquillaje la hacía parecer completamente desconocida.

—¿Me encuentran fea? —preguntó con falsa ingenuidad.

—¡Está riquísima! —declaró Tom sin rodeos.

—No soy ningún pastel —declaró ella amostazada.

—Pero es un bombón —rió estruendosamente el gigante.

Eller hizo un gesto de desdén con la mano.

—¡Buf! —resopló—. ¡Mujeres! Anda, tú, vamos, que estamos perdiendo el tiempo.

J. B. corrió hacia ellos.

—Van a socorrer a los náufragos, ¿verdad? —preguntó—. ¿Podría ir con ustedes?

—No está vestida —gruñó Eller—. Nos haría perder demasiado tiempo en tanto se pone la escafandra. ¡A la esclusa, Tom! ¡Vamos! —sacudió fuertemente a su amigo—. ¡No te quedes ahí como un pasmarote!

Echaron a andar. Pero J. B. no se les despegaba.

—No importa. En realidad, no necesito escafandra, señor Cavanaugh.

—Bueno —contestó éste indiferentemente, en tanto manejaba el mando de apertura de la esclusa. La compuerta interna empezó a girar lentamente.

—Tomé un tratamiento completo de “Autoxyl” —insistió la muchacha—. No me pasará nada, se lo aseguro.

—¡“Autoxyl”! —exclamó Tom, atónito.

—Sí, eso es —contestó ella, metiéndose entre los dos hombres—. Son doce inyecciones que...

—Sabemos cómo se administra esa maldita droga —mascullló Eller, pasando a la esclusa. Ella le siguió, pegada como una lapa a su traje—. ¡Pero no nos interesa que venga usted! ¿Me oye?

J. B. se metió el meñique en un oído.

—No soy sorda —contestó, dolida—. Ande, déjeme ir con ustedes. Tengo curiosidad por ver a los náufragos y...

Tom había cerrado ya la compuerta interna y las bombas de aire empezaban ya a producir el vacío en la esclusa. Al mirar el manómetro, J. B. exclamó:

—¿Lo ven? No me afecta el vacío. Ni siquiera lo siento. Fíjese, la presión es ya inferior a la de la atmósfera terrestre sobre el Everest y...

Eller lanzó un grito.

—¡Cállese de una vez, charlatana!

J. B. miró a Tom con aire compungido.

—Le estoy molestando —dijo.

—Eso creo yo —contestó el gigante—. Bueno, debe de haber algo de cierto en ese condenado “Autoxyl” cuando usted no se ha caído al suelo redonda.

—Y el frío no me afecta. Ni tampoco la falta de presión —comentó la muchacha con aire ufano.

—Pero no vendrá conmigo —gruñó Eller hoscamente.

Tom se volvió hacia J. B. y le guiñó un ojo. Ella le correspondió de la misma forma. Un instante después se abría la compuerta exterior y Eller se lanzaba al espacio.

Tom y J. B. le siguieron, dirigiéndose al astrobote del primero, el cual estaba adosado a uno de los costados de la astronave. El gigante se sentó a horcajadas en la parte del piloto y ella le siguió en el asiento posterior.

El aparato tenía un cuadro de mandos muy sencillo y su manejo era facilísimo. Tom largó amarras, cortando la corriente que mantenía en acción los electroimanes que sujetaban el astrobote al casco del navío, y presionó los mandos de dirección y propulsión simultáneamente.

Forzada por la ausencia de una atmósfera que transmitiese los sonidos, J. B. hubo de guardar silencio, en tanto los dos aparatos, separados entre sí por una distancia de cuarenta o cincuenta metros, descendían vertiginosamente hacia la superficie de Calisto, cubierta de anhídrido carbónico congelado perpetuamente, como consecuencia de las bajísimas temperaturas reinantes.

A medida que se acercaban al satélite, los detalles de éste se hacían más perceptibles cada vez. Pronto estuvieron en disposición de poder contemplar los menores accidentes de su superficie a simple vista.

La Cordillera Sabatina alzaba sus afiladas agujas, cubiertas de hielos eternos, a una altura que oscilaba entre los quince y los veinte mil metros sobre el nivel medio de la superficie del satélite. Apenas si había un trozo de suelo que pudiera considerarse como medianamente llano. Angostos barrancos, en cuyo fondo no había penetrado jamás la luz del sol, grietas de pavoroso aspecto, gigantescos bloques de hielo mezclados en un infernal revoltijo, tal era el aspecto que Calisto presentaba en aquel sector de su superficie.

Pronto avistaron los restos del naufragio. Cuando estaban ya a mil quinientos metros de altura, pudieron ver un par de puntitos que corrían de un lado para otro, no lejos de algo que parecía ser una astronave volcada.

A medida que descendían, la velocidad se iba reduciendo gracias a los chorros de freno. No tardaron mucho en aterrizar a corta

distancia de la astronave caída.

Dos hombres, enfundados en sendas escafandras de vacío, corrieron hacia ellos. Gritaban algo a través de sus transmisores individuales, pero J. B. no lo pudo entender por carecer de medios para ello.

Los dos náufragos se acercaron a Eller, que había sido el primero en tomar tierra.

—Gracias, amigo —dijo uno de ellos, estrechándole calurosamente la mano—. Su llegada ha sido providencial para nosotros.

—Lo celebro infinito —contestó el joven—. Mi nombre es Eller Cavanaugh. Aquél es mi consocio, Tom Porter. La... otra es... bueno, ella dirá si quiere su nombre, cuando estemos en un sitio con atmósfera.

El náufrago no dejó de extrañarse de la reticencia de Eller, pero se abstuvo de demostrarlo públicamente. Se limitó a dar su nombre y el de su compañero.

—Soy Henry Calder. Mi compañero se llama Joim Kuwongo.

—Encantado —murmuró el joven, estrechando la mano de Kuwongo. Por el color de la tez y el apellido le supuso centroafricano, posiblemente congolés, como así era.

Tom y J. B. se acercaban en aquel momento. De pronto, Calder palideció, en tanto que extendía un brazo hacia la muchacha.

—¡Cómo! ¿Ella también usa el "Autoxyl"? —exclamó. Parecía aterrorizado, cosa que hizo fruncir el ceño al joven.

—Así parece. Y debe de ser cierto —replicó—, porque está viviendo en un medio sin aire y sin presión y, además, a una temperatura muy cercana al cero absoluto.

Calder daba la sensación de sufrir un ataque de pánico.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó—. Hagan que se ponga una escafandra inmediatamente. —Su voz temblaba tanto como su cuerpo—. En el acto, si quieren salvarle la vida.

—¿Es que ocurre algo? ¿No ha dado resultado la droga? —preguntó Eller.

—¿Que si ha dado resultado? —Calder reía histéricamente—. Escucha, Kuwongo, dice que si el "Autoxyl" ha dado resultado.

El congolés parecía mucho más calmado que su compañero.

—Mi compañero tiene razón —dijo—. Ruego indiquen a la

señorita la conveniencia de colocarse inmediatamente una escafandra. De lo contrario, su vida corre gravísimo riesgo.

La muchacha, desprovista de transmisor, no podía oír, naturalmente, la conversación que se desarrollaba ante ella, pero por los gestos de unos y otros había comprendido que se referían a su persona. Intuyó un grave riesgo y se acercó a Eller, aplicando los labios a su casco.

—¿Qué es lo que sucede? —inquirió. Pero no brotó ningún sonido de su boca.

El joven la miró. Luego agarró su brazo y se la llevó a remolque hacia la nave siniestrada, en tanto preguntaba:

—¡Señor Calder! ¿Tienen ustedes alguna escafandra de repuesto a bordo?

—Sí —contestó el aludido—. Yo les acompañaré. Ha de darse prisa en ponérsela. “Ellos” están aquí y pueden atacarnos en cualquier momento. Mejor dicho, atacarla a ella.

Eller respingó.

—¿Qué diablos está diciendo? ¿Quiénes son “ellos”?

—Aguarde a que vistamos la escafandra a la señorita. Luego se lo diré.

La astronave estaba tendida en el suelo, con la proa hundida a medias en el hielo. Un ancho surco trazado en el mismo, de más de un kilómetro de longitud, indicaba la magnitud del desastre sufrido por Calder y Kuwongo. El aterrizaje había fracasado, aunque, por el momento, Eller ignoraba las causas del desastre.

La puerta externa de la esclusa se hallaba abierta. Penetraron en ella y unos momentos más tarde se encontraban en la nave. Entonces fue cuando J. B. pudo despacharse a su gusto.

—Bueno —exclamó, poniéndose las manos sobre la cintura—, ¿puede saberse de qué se trata?

—Verá, señorita —empezó a decir Calder—. Nos dirigíamos hacia Saturno, con el fin de denunciar una pertenencia minera cuando…

Calder se interrumpió bruscamente. J. B. acababa de lanzar un chillido capaz de quebrar los vidrios de cuarzo de las lucernas.

—¡Eller! —gritó, aferrándose con fuerza al brazo del joven—. ¡Hay un hombre aquí! ¡¡MIRE!!

Eller respingó, volviéndose en la dirección indicada por la

aterrorizada muchacha. No lejos de él se veía la puerta abierta de uno de los camarotes destinados a dormitorio. En éste había una litera y sobre ella el cuerpo de un hombre tendido en la misma, del cual sólo se divisaban los pies.

Calder lanzó un grito.

—¡Cielos! ¡Me había olvidado del pobre Winton! —Y se lanzó como un loco hacia la puerta, cerrándola de golpe. Se volvió hacia los dos jóvenes, mirándoles con expresión aterrorizada—. Póngase el casco, pronto, señor Cavanaugh. Y usted, señorita, venga conmigo.

Mientras caminaba, Calder se encasquetó la escafandra. Eller, intrigado, hizo lo mismo, siguiéndole en unión de la muchacha.

En un cuartito cercano encontraron dos escafandras. J. B. se puso una de ellas en pocos momentos. Luego se encaró con el náufrago.

—Y ahora, señor mío —dijo en tono impertinente—, ¿querrá usted explicarme de una vez lo que sucede?

—Por supuesto, señorita —contestó Calder.

—Los muertos no se comen a nadie, que yo sepa —contestó ella con acerba mordacidad—. ¿Es que aquel hombre está...?

Calder asintió con lentos movimientos de la cabeza. Después, dijo:

—Vengan conmigo, por favor.

Eller encontraba un poco ridículas y demasiado misteriosas todas aquellas precauciones, de tal suerte que incluso llegó a creer que Calder había contraído lo que los astronautas habían dado en llamar la “locura del espacio”. Sin embargo, todos los movimientos y frases del individuo parecían ejecutados con perfecta coordinación, lo cual descartaba toda idea acerca de una posible alteración de su estado mental.

Calder les condujo hasta la cámara, abriendo de golpe la puerta.

En el primer momento, ni Eller ni J. B. divisaron otra cosa que la figura de un hombre que parecía dormir pacíficamente. Unos segundos más tarde, sin embargo, advirtieron algunos detalles que indicaban que el individuo tendido en la litera había muerto y de una manera espantosa además.

Su rostro estaba amoratado, como si hubiera perecido por asfixia, y todo en él indicaba que en sus últimos momentos había

tratado de buscar aire para sus pulmones. Y esto no era todo.

El cuerpo del fallecido estaba cubierto, de la cabeza a los pies, de una película transparente apenas perceptible que se amoldaba exactamente a los menores pliegues de su ropa o a las irregularidades de su cara y manos. Había que fijarse mucho para advertir la existencia de tal película.

De pronto, Calder tuvo una explosión de ira salvaje.

—¡Éstas son las consecuencias de usar el "Autoxyl"! —barbotó —. Maldito una y mil veces el que lo inventó.

Eller se quedó mirando al astronauta, tremendamente sorprendido de tal estallido de cólera. Por su parte, J. B. abrió mucho los ojos, no menos sorprendida que el joven.

—¿Por qué dice eso? —exclamó, terriblemente intrigada.

Calder no contestó a la requisitoria de la muchacha. Tenía la vista fija en el cadáver y, de modo inesperado, dijo:

—Miren. ¡Está vivo! ¡Se mueve!

l oír aquellas palabras, Eller se sobresaltó de tal manera que no pudo evitar dar un salto hacia atrás.

—Está visto que en este viaje no voy a ganar para sustos — refunfuñó. Y como viera que el cadáver continuaba inmóvil, dijo abruptamente—: ¿Cómo puede decir semejante insensatez, señor Calder? ¿De dónde ha sacado que ese hombre está vivo?

—No me refiero a mi compañero Winton, sino al animal que le mató. Mírenlo, se está despegando de su cuerpo. ¿No lo ven?

La mano de J. B. se aferró al brazo de Eller. Éste percibió claramente el convulsivo temblor de la muchacha.

—Calder tiene razón —susurró ella—. ¡Está vivo!

Los ojos del joven se desorbitaron. Ahora lo veía claramente.

La película transparente que cubría el cuerpo de Winton estaba despegándose, como si unas manos invisibles tirasen de ella. Era muy transparente, tanto que apenas si se veía, a menos que se fijase mucho la atención. Pero mirándola de perfil podía advertirse mucho mejor, ya que entonces su transparencia disminuía notablemente.

—Éstas son las consecuencias de ese condenado invento del "Autoxyl" —murmuró Calder amargamente—. Fíjense bien; todavía no lo han visto todo.

—¿Eso… que se mueve… es un animal…? —preguntó J. B. horrorizada.

—Al menos se comporta como si lo fuera —contestó Calder, presenciando, al igual que sus huéspedes, las evoluciones del extraño ser. Pronto estuvo éste completamente despegado del cuerpo de Winton y entonces empezó a moverse hacia los tres astronautas.

Un examen más completo del animal, que parecía un trozo de celofán volando por el espacio, permitió a Eller darse cuenta de alguna de las peculiaridades del mismo.

El animal era de forma ovalada, aproximadamente, aunque con ciertas irregularidades en su borde que le hacían asemejarse a una hoja de árbol. En su centro se veía un núcleo un poco más denso, que no había podido ser advertido hasta entonces por haber coincidido con los ropajes del muerto. El núcleo tenía un cerco de fibrilomas o raicillas, parecidas a hilos de vidrio, que se agitaban espasmódica e irregularmente, aunque con bastante rapidez.

—¿No... no será peligroso para nosotros? —preguntó la muchacha.

—No mientras tengamos puestas las escafandras. En el momento en que nos las quitemos, moriremos en pocos minutos si tenemos la desgracia de que una de esas bestias se nos eche encima.

—Está hablando en plural, señor Calder —dijo Eller—. ¿Es que hay más de una?

—Mi compañero Kuwongo ha visto dos. Y yo tres al menos, sin contar la que dio muerte al pobre Winton —contestó el aludido, sin dejar de observar las evoluciones del animal.

Guardaron silencio durante unos instantes. De pronto, aquel ser se echó encima de la muchacha, envolviéndola de pies a cabeza casi en el acto. J. B. contuvo el aliento, observando que la transparencia de la mirilla de cuarzo de su casco había disminuido en aproximadamente un cuarto de lo normal.

—Mientras esté protegida por la escafandra, el animal no le hará nada —aseguró Calder—. Pero si se la quitase, la envolvería de pies a cabeza, impidiéndole respirar en absoluto, y moriría en pocos minutos.

—¡Demonios! —gruñó Eller—. ¿De dónde han salido estos condenados bichos?

—Vayamos fuera —recomendó Calder—. Se lo explicaré por el camino.

—¡Un momento! —rogó el joven—. Puesto que van a venir con nosotros, estimo que lo lógico sería que se llevasen de aquí lo que puedan necesitar. Nos dirigimos hacia Marte y todavía nos quedan dos meses y medio de camino.

—Tenemos fuera algo de ropa y provisiones, además de la documentación de la nave —contestó Calder—. Eso es todo cuanto nos hace falta por ahora.

—Muy bien —concordó el joven—. Salgamos, pues.

J. B. echó a andar, advirtiendo que el estar envuelta por el extraño animal, que proporcionaba a su figura un brillo singular, no le restaba libertad de movimientos.

Salieron fuera. Porter se había enterado ya de lo sucedido por boca de Kuwongo. Se acercó a la muchacha, examinando con atención la película transparente que la cubría.

—¿Y esto es lo que mató a su compañero Winton? —exclamó, tremendamente sorprendido. Alargó la mano y tomó un trozo del animal, levantándolo unos centímetros del cuerpo de la muchacha. Al soltarlo, la película volvió a su sitio, sin que el ser hubiera dado señales de sentirse molesto.

—¿De dónde salió? —preguntó Eller.

—No podría asegurarlo con certeza —replicó Calder—. Sólo sabemos que de pronto vimos en la astronave una cosa que flotaba en el aire, como un velo. Se lanzó sobre el pobre Winton y lo envolvió rápidamente de pies a cabeza. Winton empezó a gritar aunque, cosa terrible, no oíamos sus gritos. Se debatía, forcejeando de modo espantoso consigo mismo. Se puso amoratado y… bueno, murió delante de nuestros ojos sin que pudiésemos hacer nada. ¡Fue algo espantoso, se lo aseguro!

—¿Y dice que las escafandras son una protección segura contra esos seres?

—Así es —dijo Calder—. El animal, una vez muerto Winton, se quedó con él. Estábamos aterrorizados, créame, señor Cavanaugh, y, además, la nave caía sobre Calisto. Al esforzarse por arrancarse ese horrible velo de encima, Winton se desplomó sobre el cuadro de mandos, originando con ello una súbita variación de rumbo que nos precipitó sobre la superficie del satélite. Apenas si tuvimos tiempo de efectuar un aterrizaje forzoso para salvarnos. Entonces salimos fuera, provistos de las escafandras, y vimos a varios de esos seres

que se lanzaban sobre nosotros. Pensamos que íbamos a morir, porque nos envolvieron de pies a cabeza, igual que al pobre Winton. Pero, afortunadamente, no nos sucedió nada, de donde inferimos que llevar constantemente puesta la escafandra era el único medio de escapar a su voracidad.

Eller asintió distraídamente y se acercó a la muchacha para examinar más detenidamente el animal que la cubría. Tiró de uno de sus lados, pero el ser parecía distenderse con toda facilidad, sin que ello le causase la menor molestia. Únicamente los fibrilomas de su núcleo parecieron adquirir un poco más de actividad, pero eso fue todo.

—Bueno —dijo, bastante desconcertado—, ahora ya podemos irnos hacia nuestra nave. Pero, ¿cómo nos deshacemos de este bicharraco? No podemos llevárnoslo con nosotros y, por otra parte, no me haría mucha gracia tener que vestir las escafandras continuamente hasta llegar a Marte.

—Contando con que en Marte hubiese algún experto capaz de aniquilar a este ser —dijo Porter con lúgubre acento.

Hubo un momento de silencio, durante el cual se miraron unos a otros con expresión irresoluta. De pronto, J. B. lanzó un agudo grito.

—¡Miren! ¡VIENEN MÁS!

Todos volvieron la vista hacia el lugar señalado por la muchacha. Eller sintió que un helado escalofrío le recorría la columna vertebral de arriba a abajo.

A unas docenas de metros por encima de sus cabezas, se veían varios seres de aquellos, ondulando con siniestra lentitud, en tanto que descendían muy despacio sobre el grupo de personas. Eran transparentes, pero la luz perdía algo de su fulgor al pasar a través de sus cuerpos, cosa que se advertía en la disminución de brillo de las estrellas.

Eller advirtió también que eran mucho mayores que el que envolvía a la muchacha, al menos el doble, y se sintió impotente para combatirlos. Había cuatro o cinco y descendían hacia ellos en completo silencio, lo cual hacía más desagradable la sensación que se había apoderado de todos ellos al verlos aproximarse.

Los animales revolotearon unos momentos sobre sus cabezas, como si cada uno de ellos buscase su propia presa. Luego, de modo

unánime, se abalanzaron sobre el grupo, envolviéndoles antes de que pudieran hacer el menor gesto de resistencia.

—¡Cuidado! ¡No se muevan! —chilló Calder aterrorizado.

—Será mejor todavía que no perdamos la serenidad —dijo el joven calmosamente—. Si nos dejamos llevar por los nervios, estamos perdidos.

—Bueno, pero tampoco vamos a estar aquí toda la vida, ¿verdad? —gruñó Porter—. Eller, tú eres el cerebro; discurre alguna idea práctica para sacarnos del atolladero.

—Pues no se me ocurre ninguna, a decir verdad —contestó el aludido con toda franqueza—. ¿Y a usted, señorita J. B.?

—Tampoco, aunque sí me parece que sé de dónde proceden estos animales —contestó ella de manera sorprendente.

Todos se volvieron a mirarla. Ella movió la cabeza afirmativamente.

—Señor Calder —dijo—, creo que usted explicó que Winton había tomado un tratamiento completo de “Autoxyl”.

—Desde luego —contestó el requerido afirmativamente.

—Bien, usted ya conoce el procedimiento básico de dicha droga, ¿verdad?

—Sí. Claro que no soy ningún biólogo ni tampoco químico, pero tengo unas nociones generales al respecto. Creo que el “Autoxyl” genera unas células productoras de oxígeno, las cuales, además, conceden al organismo humano una gran resistencia contra las bajas temperaturas y la falta de presión del vacío. Pero no estoy enterado de más, señorita.

—Así es —respondió ella, mordiéndose los labios—. Bien, pues estos animales que nos envuelven no son otra cosa, ni más ni menos, que células gigantes producidas por el “Autoxyl”.

—¿Eh? ¿Qué está diciendo? —exclamó Eller, aturdido—. ¡Eso es imposible!

—¿Imposible? —rió la muchacha—. Dígame usted pues qué animal puede vivir en el vacío del espacio. Dígame además, qué otro animal tiene una apariencia unicelular, como ésos que se hallan en torno a nosotros.

—Bueno, pero el “Autoxyl” viene en ampollas para inyecciones hipodérmicas y…

—Desde luego, pero ¿ha visto usted alguna vez en su vida que

una ampolla de una inyección haya quedado completamente desprovista de su contenido, una vez utilizada? Por mucho que se esfuerce el individuo que pone la inyección, siempre quedan algunas gotitas minúsculas, incluso microscópicas, adheridas al vidrio de la ampolla. Estas gotitas pueden contener cada una de ellas millares de microorganismos productores de las células originarias del oxígeno. Es probable que muchas de ellas mueran, pero algunas sobrevivirán y ésas son las que tenemos encima de nosotros.

Eller, Tom y los demás se miraron aturdidos, pero comprendiendo perfectamente la explicación de la muchacha, la cual, por otra parte, no carecía de lógica.

—Bueno —objetó Eller, al cabo de unos momentos—, pero, si producen oxígeno, no veo por qué una de esas células tuvo que abalanzarse sobre Winton y ahogarle. Al contrario, tendría que…

El joven se detuvo de pronto, con los ojos desmesuradamente abiertos. J. B. sonrió.

—Justamente es lo que usted esta pensando, señor Cavanaugh. Winton no murió asfixiado por falta de oxígeno, sino todo lo contrario, por haber respirado exclusivamente dicho gas. En una palabra, que la célula le envolvió de pies a cabeza, ansiando soltar el oxígeno que produce, y lo hizo en tal cantidad que abrasó los pulmones del pobre Winton. Esto es lo que sucedió y no otra cosa.

Calder lanzó una exclamación.

—¡Rayos! ¡Pues es cierto! ¡Tiene que serlo, no cabe otra explicación!

—Bien —dijo Eller—, y ahora que ya sabemos cómo actúan estos bichos, ¿por qué no discurrimos algún medio de librarnos de ellos?

—Puedo subir hasta la nave —sugirió Porter—. En ella tenemos un par de sopletes para reparaciones…

—¡No! —exclamó J. B. con ademán prohibitivo—. Sería tanto como introducir a bordo uno de esos animales. Hemos de deshacernos de ellos aquí mismo.

—Sopletes tengo yo aquí, en mi nave —dijo Calder—. Ven conmigo, Kuwongo.

Los dos hombres se dirigieron hacia la nave, en tanto Eller y sus compañeros forcejeaban con los animales que les cubrían, sin

conseguir otra cosa que proporcionarles unos estirones inofensivos.

—Parece que estamos envueltos en chicle —gruñó el gigante. De pronto, lanzó un profundo suspiro—: ¡Uf! No veo el momento de hallarme en mi nave, seguro que…

Se interrumpió bruscamente. J. B. acababa de lanzar un grito.

—¡Miren! ¡El animal! ¡Acaba de caer al suelo!

Tom dio un salto hacia atrás, respingando, en tanto maldecía profusamente. Eller se arrodilló, examinando la bestia que aparecía arrugada y encogida sobre sí misma, reducida en un instante a un tamaño inferior a la cuarta parte de lo normal.

El núcleo también se había contraído proporcionalmente, y sus fibras se movían cada vez con más lentitud hasta que se extendieron laciamente, dejando de agitarse. El animal sufrió todavía un par de estremecimientos y luego se opacó hasta convertirse en una repugnante lámina de color gris sucio que ofendía a la vista.

—No cabe la menor duda —exclamó Eller—. Está muerto. Pero, ¿cómo diablos…? ¿Qué le has hecho, Tom?

El gigante parecía muy desconcertado.

—No lo sé. Se cayó y ha muerto, eso es todo.

—Quizá es que ha cumplido ya su ciclo de vida —sugirió la muchacha.

Eller meneó la cabeza.

—Quizá —manifestó—. Sin embargo su muerte ha sido demasiado fulminante para que haya podido suceder como usted dice, J. B.

—¿Entonces…?

Pero Eller no pudo contestar. Calder y Kuwongo volvían ya, ambos provistos de sendos sopletes portátiles de gran tamaño y alta potencia de llama.

J. B. frunció el ceño.

—¿Piensan tostarnos con eso? —rezongó, descontenta.

Calder y Kuwongo se quedaron muy sorprendidos al darse cuenta de que uno de los animales había muerto, aunque no adivinaban las causas. De pronto, otra de las células, la que cubría a la muchacha, se desprendió de su cuerpo y cayó al suelo, en donde corrió la misma suerte que la anterior, con idénticos síntomas.

—Bueno —exclamó Porter, en el colmo del desconcierto—, que me desintegren si lo entiendo.

Eller empezó a forcejear con el animal que le cubría, sin conseguir ningún resultado práctico.

—Pues éste no se muere —masculló—. ¿Tendré que recurrir al soplete?

De repente, la muchacha le agarró por un brazo, al mismo tiempo que le miraba con ojos brillantes por la excitación.

—¡Tengo una idea, Eller! —exclamó.

—Bueno, desembuche.

—Me parece que ya sé cómo combatir a estos animales. Respire, muy profundo y aceleradamente.

—Pero...

—Haga lo que le digo —ordenó ella, perentoriamente.

Treinta segundos más tarde, la célula caía al suelo, muerta.

Calder y Kuwongo imitaron al joven, obteniendo idénticos resultados.

—¡Por el mismísimo rabo de Satanás! —juró Porter de modo pintoresco—. ¿Cómo puede ser que se muera un bicho de éstos, sólo porque nosotros respiremos profundamente? ¿Quién lo entiende?

—Pues es bien sencillo —contestó la muchacha—. ¿No producen estos animales una cantidad desorbitada de oxígeno?

—Así es —declaró Eller.

—Claro. Usted, al respirar, introduce oxígeno en su organismo y devuelve el ácido carbónico producido en dicha función orgánica, que no es ni más ni menos que una combustión que se verifica dentro del organismo humano. Toda combustión deja un residuo y la que origina la respiración produce el ácido carbónico, además de vapor de agua y otros. Bueno —concluyó la muchacha—, está claro que ha sido ese gas el que ha matado a las células. El ácido carbónico sale expulsado por la válvula de escape de la escafandra y...

—Es muy posible —exclamó Eller, desconcertado—. Pero, ¿cómo lo sabe usted... mejor dicho, cómo lo ha advertido?

—Debía haberlo notado antes —dijo J. B.—. El animal que envolvía al señor Porter fue el primero en morir y ello se debió al enorme suspiro que lanzó cuando empezó a evocar su nave. Prácticamente, fue una descarga de ácido carbónico que el animal no pudo resistir y cayó fulminado. El resto...

—Eso quiere decir —comentó Eller—, que son antagónicos con

ese gas. No lo pueden resistir… pero Winton murió.

—Porque lo ignoraba y porque no tuvo tiempo de expeler la suficiente cantidad de ácido carbónico —declaró enfáticamente la muchacha—. Posiblemente, de haberlo sabido, se habría salvado.

—Es muy posible —murmuró Eller pensativamente—. De todas formas, la cosa es dar sepultura a Winton y regresar a nuestra nave. Hemos de recuperar el tiempo perdido.

Una hora más tarde, una cruz hecha con bloques de hielo de anhídrido carbónico señalaba el lugar donde reposaba para siempre el desgraciado Winton. Los demás montaron en los astrobotes y se dirigieron hacia la nave, alcanzándola en el momento en que cruzaba sobre aquel lugar. Poco después, el aparato, seguido por su inseparable bloque de hielo, reemprendía el viaje rumbo a Marte.

CAPÍTULO V

Al día siguiente, Tom Porter estaba cómodamente reclinado en el sillón del tripulante de guardia, vigilando con atención los instrumentos de control, en tanto escuchaba una emisión musical procedente de La Voz de Ciudad Piedras. De pronto, la música se cortó.

—Señoras y señores —dijo el locutor—, lamentamos interrumpir nuestra emisión para dar un boletín especial de noticias. Una extraña epidemia acaba de declararse en la ciudad, provocando algunas muertes cuyas causas están investigando ahora los doctores Shipton y Albareda, únicos médicos de que dispone nuestra pequeña urbe. Aunque el número de defunciones no es muy elevado, la forma en que se han producido y la impotencia en que se han visto los médicos para evitarlas, preocupa notablemente al consejo municipal de gobierno de la ciudad, que se ha reunido en sesión permanente para ver de evitar la propagación de tan extraña epidemia. Según los informes recibidos hasta ahora, la muerte se produce en el transcurso de escasos segundos y ofrece los siguientes síntomas…

A medida que el locutor avanzaba en su parlamento, el rostro de Porter se ensombrecía. Cuando hubo acabado de escuchar la transmisión, ya no le cupo la menor duda de que Ciudad Piedras

había sido invadida por las células productoras de oxígeno.

Pegó un manotazo al dial del intercomunicador.

—Eller —llamó—. Ven a la sala de mandos, pronto.

El joven acudió unos momentos después. Pero no venía solo; J. B. acudía tras él, alarmada por el tono de voz de Porter. Los dos náufragos les seguían.

Tom explicó a su auditorio lo que acababa de suceder.

—Es preciso dar aviso inmediato a Ciudad Piedras —exclamó la muchacha—. Tal vez así podamos ahorrar muchas vidas.

Porter se rascó la cabeza.

—El fabricante de "Autoxyl" se va a tirar de los pelos.

—No me importa su ruina —declaró ella ásperamente—. En realidad, tendría que haber sucedido mucho antes. Ojalá le metan en la cárcel para toda su vida.

Eller se asombró de la explosión de ira de la muchacha.

—Parece que odia usted mucho a ese hombre —declaró.

—¿Odiarle? —rió ella nerviosamente—. Esa palabra significa amor ciego comparado con lo que yo siento.

—Basta —dijo Eller tajantemente—. Luego discutiremos, si procede, los motivos de su odio hacia el fabricante del "Autoxyl". Ahora lo más importante es avisar a Ciudad Piedras del modo de librarse de dichos animales. ¿Cuál es la distancia que nos separa actualmente de Saturno?

Tom arrojó una mirada al contador.

—Seiscientos cincuenta millones de kilómetros —manifestó.

El joven hizo un rápido cálculo.

—Las ondas radiales viajan a la misma velocidad que las de la luz, esto es, a trescientos mil kilómetros por segundo. De modo que esa emisión ha tardado cerca de cuarenta minutos en llegar hasta nuestro receptor. Si nos ponemos ahora en comunicación con ellos, nuestro aviso tardará en llegarles otro tanto es decir que, entre una cosa y otra, habrá transcurrido casi hora y media. Es preciso poner manos a la obra inmediatamente, Tom.

—De acuerdo —dijo éste—. Voy a tratar de comunicar con Ciudad Piedras ahora mismo —y empezó a manejar los controles del cuadro de instrumentos.

—Usted no hará nada de eso —dijo en aquel momento una voz —. Separe sus manos de ahí encima o le volaré la cabeza.

J. B. lanzó un agudo chillido. Eller y Tom se volvieron, completamente estupefactos.

Calder y Kuwongo estaban frente a ellos, empuñando sendas pistolas. Su actitud carecía en absoluto de sentimientos amistosos.

—Así nos pagan el haberles salvado ayer la vida —declaró el gigante con amargura.

—¿Por qué quieren impedir que hablemos con Ciudad Piedras? —exclamó la muchacha, avanzando el busto desafiadoramente.

—Apártese, señorita —gruñó el congolés— y no crea que su sexo va a protegerla de recibir un balazo, si se pone terca. Usted, Porter, fuera de ahí.

Tom miró a su amigo, que, sintiéndose impotente para resistir, le hizo señas con la cabeza para que se separase del cuadro de mandos.

—Está bien —gruñó—. Procurad que no os ponga la mano encima, porque de lo contrario...

—¡Cállese! —barbotó Calder—. No tratamos de hacerle ningún daño, pero tampoco lo sentiremos si nos obliga a atacarle. Ahora van a ir a sus camarotes y permanecerán encerrados en ellos hasta que nosotros dispongamos lo contrario. Vamos, caminen. Y levanten más los brazos; no me gustan tan bajos.

Salieron de la cámara al pasillo contiguo, a cuyos lados estaban situadas las cámaras de los tripulantes. Había cuatro puertas para otras tantas cabinas, cada una de las cuales disponía de dos literas, de modo que, en caso preciso, la nave podía llevar doble número de pasajeros que los que ahora viajaban en ella.

J. B. fue encerrada en una cámara, en tanto que Eller y Tom pasaban a la contigua. Calder y Kuwongo cerraron con llave y luego se volvieron a la sala de mandos.

El tiempo empezó a pasar lentamente. En su cámara, la muchacha se aburría contemplando las estrellas a través de la lucerna que había en la pared opuesta a la puerta ya que nada más podía hacer. Pero llevaba ya demasiado tiempo en el espacio para que tal espectáculo la impresionara demasiado.

Transcurrieron varias horas. De pronto, la puerta se abrió y los dos individuos aparecieron en el umbral. Calder llevaba una bandeja con comida, en tanto que Kuwongo, armado de una pistola, guardaba la salida.

—Aquí tiene —dijo el primero—. No quiero que luego diga que les hemos tratado mal.

—Solamente verles la cara es algo que puede considerarse como un mal trato —contestó ella ácidamente. Tomó la bandeja y dijo—: ¿Cuánto tiempo piensan mantenernos encerrados?

—Todo el que necesitemos —replicó Calder ambiguamente.

—¿Se dan cuenta —exclamó J. B.— de que necesitaré ir al baño de vez en cuando?

—Avísenos entonces —gruñó Calder—. Ahí al lado tiene el intercomunicador. Mientras tanto, entreténgase en comer, que buena falta le está haciendo.

—No es usted muy galante que digamos —murmuró la muchacha.

Calder dijo:

—Soy listo, que no es lo mismo. Y usted también lo es, conque no tengo ganas de que nos gaste una jugarreta, ¿se entera?

Ella alzó los hombros.

—Ustedes tienen dos pistolas. Yo ninguna... y además soy una mujer. ¿Cómo pretenden...?

—Eva también era una mujer, y ya ve usted el jaleo que organizó.

—Y eso que sólo tenía una manzana a mano —sonrió burlonamente la muchacha.

—Basta de charla —cortó el congolés abruptamente—. Si le has dado la comida, aquí ya no tenemos nada que hacer.

—¡Un momento! —exclamó J. B. con viveza—. ¿Puedo saber cuáles son sus intenciones?

—¡No! —contestó Calder, dándole con la puerta en las narices.

—¡Caracoles! —exclamó ella—. No son muy educados que digamos.

En medio de todo, tenía bastante apetito. Se sentó a comer, pensando mientras tanto en el medio de salir de aquel atolladero. Al terminar la comida había discurrido ya una idea.

Tomando el tenedor, lo cogió al revés y empezó a golpear suavemente con el mango en el mamparo de separación de la cámara contigua, en la cual estaban prisioneros los dos amigos.

Lo primero que hizo fue marcar la señal de llamada en Morse. La repitió tres o cuatro veces, deteniéndose a escuchar, hasta que oyó

la respuesta.

—Soy J. B. —dijo.

—Me alegro. Yo soy Cavanaugh. ¿Está bien?

—Magníficamente. Escuche, ¿tiene alguna idea para salir de este atolladero?

—No, ninguna. Nos han traído la comida, pero no hubo medio de sorprenderles.

—¿Tampoco les han dicho lo que pretenden?

—Ni siquiera se dignaron contestarnos.

—¿Querrán apoderarse de su bloque de hielo?

—Quizá, aunque lo considero poco probable. No es una cosa que merezca la pena jugarse el pellejo por conseguirlo. Si fuese un bloque de metal raro, acaso, pero hielo...

—Pues algo se traen entre manos —insistió J. B.—. Y es preciso que hagamos algo para librarnos de ellos.

—A mí no se me ocurre nada. La puerta es demasiado sólida para echarla abajo. La cabeza de Tom es dura, pero el acero lo es más todavía.

La muchacha sonrió.

—Me disgustaría tener que hacer lo que se me ha ocurrido —manifestó—, pero estimo que no voy a tener otro remedio, si queremos recuperar el control de la nave.

—¿Qué piensa hacer?

J. B. contestó con otra pregunta.

—¿Son estancas las puertas de las cámaras?

—No. Sólo hay estanqueidad en la puerta de acceso a la sala de control, la que da al vestíbulo de acceso a la esclusa y la del pañol de víveres, además de, naturalmente, la que conduce a la sala de máquinas. Pero ésta no se abre nunca, ya lo sabe usted. Radioactividad y demás.

—Entiendo —dijo J. B. Aparecía muy pensativa—. Bueno, entonces, van a hacer una cosa. Obedezcan y no piensen más, ¿estamos?

—De acuerdo.

—Tapen todas las rendijas de las puertas...

—¿Con qué, si puede saberse?

—Estúpido —tabaleó la muchacha con rapidez—. Tienen ahí dos literas. Usen la ropa pródigamente, pero procuren no dejar el menor

escape de aire o morirán.

—Olga, ¿qué demonios se propone…?

—Haga lo que le digo y no se preocupe de más. Avíseme cuando todo esté listo, ¿me comprende?

—No, pero lo haré. Conforme, ya llamaré cuando hayamos tapado las rendijas.

Acto seguido, J. B. empezó a manipular con el tenedor. Le costó romperse un par de uñas y algún arañazo, pero al fin consiguió lo que deseaba: separar una púa del tenedor, con la cual empezó a manipular en la cerradura hasta hacer girar el pestillo.

Entonces abrió la puerta lentamente y miró a derecha e izquierda. El pasillo estaba desierto. Corrió de puntillas hasta la esclusa y abrió la compuerta interna.

La esclusa, como todos los compartimentos de la nave, tenía su propio sistema de comunicación. J. B. dio media vuelta al conmutador y acercó su boca al micrófono.

—¡Calder! ¡Kuwongo! —llamó. Su voz se esparció con ecos metálicos por todos los rincones del navío.

—¿Qué desea ahora, guapa? —preguntó por el mismo sistema uno de los individuos.

—¿Quieren venir los dos? Tengo algo sumamente importante que decirles.

J. B. oyó la voz de Calder con cierta suavidad.

—Ve tú, Kuwongo.

—No —gritó ella—. Han de venir los dos o no diré nada.

—¡Tía latosa! —refunfuñó el congolés con muy poca educación.

—¡Blancanieves! —le insultó J. B. muy irritada.

—¡Está bien! —declaró Calder—. Ahora vamos. Pero cuidado con las jugarretas, ¿estamos?

—Adelante, héroes. ¿Es que dos hombres con pistolas tienen miedo de una chica indefensa?

J. B. oyó los pasos de los dos individuos avanzando por el pasillo.

—¡No está aquí! —gritó Kuwongo de pronto. Calder soltó una espantosa maldición.

—¡Cucú! —se burló la muchacha.

Los dos individuos corrieron hacia el final del pasillo, desembocando en el vestíbulo de la esclusa antes de que pudieran

darse cuenta exacta de lo que sucedía. Su asombro fue inmenso al ver a J. B. apoyada con aire negligente en la compuerta exterior.

La mano de la muchacha estaba apoyada en el mando de apertura de tal modo que si ella caía, la puerta se abriría indefectiblemente.

—Son ustedes unos indeseables —les insultó descaradamente. Rió satisfecha al ver la intensa palidez que había aparecido en el rostro de Calder. El de Kuwongo tenía un pronunciado tono terroso —. Debiera haberles abierto la compuerta sin avisar. Ahora serían dos muertos preciosos, lo cual me habría quitado de encima muchas preocupaciones. Tiren las armas, por favor. Sin truquitos, ¿eh?

Los forajidos se miraron mutuamente. Luego, Calder dijo:

—¿Qué piensa hacer?

—Abrir la compuerta exterior dentro de treinta segundos exactamente, si para entonces no han tirado las pistolas —contestó la muchacha impertérrita.

Kuwongo sonrió desdeñosamente. Trató de farolear.

—Usted ha tomado el “'Autoxyl”. ¿Cómo sabe que nosotros no lo hemos tomado también?

—Perfectamente —dijo J. B. sin pestañear—. Entonces, puesto que la falta de aire no les afecta, abriré la compuerta. —Y apoyó su mano en el botón de control.

Calder lanzó un agudo grito.

—¡No, por Dios! —exclamó, lívido de espanto.

—A mí no me intimida tan fácilmente —masculló Kuwongo—. Quite la mano de ahí o juro que le meto un tiro en la cabeza. —Su dedo pulgar echó ostensiblemente hacia atrás el percutor de la pistola.

J. B. rió desdeñosamente.

—Dispara, "Blancanieves" —dijo—. No hay bala en el mundo, por muy rápidos que sean sus efectos, capaz de detener mi impulso. Aunque me alcanzaras directamente en el cerebro, el último movimiento reflejo bastaría para pulsar el control. ¡Tiren las armas, por última vez! —ordenó perentoriamente. Calder abrió los dedos. El arma cayó al suelo con sordo ruido, atenuado el choque por el pavimento de plástico. Kuwongo le imitó unos segundos más tarde.

—Calder —dijo ella—, empuje una pistola con el pie hacia mí. No tarde; la paciencia se me agota.

El aludido obedeció. Sin separar la vista de los dos forajidos, J. B. se inclinó y recogió el arma. Al incorporarse, advirtió que Kuwongo se había inclinado a recoger su pistola, aprovechando lo que creía un instante de distracción de la muchacha.

J. B. saltó hacia el congolés, el cual empezaba a incorporarse en aquel momento. Sin el menor empacho, J. B. disparó el pie, alcanzando a Kuwongo bajo la mandíbula. El forajido emitió un aullido y se desplomó al suelo.

Acto seguido, J. B. recogió la otra pistola y se la metió en el cinturón del traje. Movió la mano armada.

—Camine delante de mí y abra la puerta de la cámara donde están mis amigos —declaró secamente. Cuando echó a andar, cojeaba—. Ese tipo tiene una barbilla muy dura —refunfuñó.

Un minuto más tarde, Eller y Porter salían de su encierro. El segundo no se pudo contener y, agarrando a Calder por la pechera, le atizó un solemne puñetazo que lo dejó inconsciente en el acto.

—¡Esto por habernos hecho esa jugarreta! —masculló—. ¡Puercos! Debiéramos haberlos dejado que se murieran de asco en Calisto.

—El otro está junto a la compuerta de la esclusa —declaró la muchacha—. Ciérrela y tráigaselo para acá, junto con su compinche.

Luego miró a Eller y sonrió.

—¡Uf! —exclamó—. Vaya un mal rato que he pasado.

—Pues no se le nota en absoluto —contestó él, sonriendo igualmente.

J. B. exclamó:

—Usted, ¿qué sabe? La procesión va por dentro, amigo. Bueno, vamos a la cámara de control; hemos de avisar a Ciudad Piedras de lo que pasa.

—¿No teme que la policía la localice y envíe una patrulla en su busca? —sugirió el joven mientras caminaban por el pasillo— Hay muchos puestos de control en la ruta.

—No tenemos por qué decir que estoy yo a bordo de la “Laurie”, ¿verdad? —dijo ella con indiferencia.

Tom vino unos momentos después. Sentándose ante la radio, empezó a transmitir la información.

Luego, a petición de la muchacha, solicitó detalles de los

forajidos que habían aprisionado.

Tom necesitó repetir el mensaje dos veces a fin de asegurarse de que en Ciudad Piedras lo habían recibido. Al terminar, consultó su reloj y dijo:

—Antes de que recibamos una respuesta transcurrirán exactamente una hora y veintidós segundos. ¿Qué tal si entre tanto tomásemos una taza de café?

La propuesta fue aprobada por unanimidad. Ya se disponían a dirigirse hacia el comedor, cuando, de repente, Eller soltó una exclamación.

—¿Qué sucede? —preguntó la muchacha.

—¡El rumbo! ¡Esos forajidos lo han alterado por completo!

CAPÍTULO VI

Eller consultó su reloj de pulsera y volvió a gruñir.

—Han pasado ya más de quince horas desde que nos dejamos atrapar por esos granujas —masculló, airado.

—Esto significa tres millones y un tercio de millón de kilómetros de retroceso —murmuró Porter sombríamente.

—¿Y el bloque de hielo? —exclamó la muchacha. Tom se abalanzó hacia la lucerna. Eller, más práctico, consultó el radar.

—Ha seguido su camino —gritó—. Esos canallas desligaron el enlace radial y se han desentendido de él.

—Tenemos que hacer algo para recuperarlo, Eller —dijo Tom—. De lo contrario, puede ocurrir una catástrofe. Es un bloque de más de un millón de toneladas de hielo, recuérdalo.

—¿Caerá sobre Marte? —exclamó la muchacha, angustiada.

—Pudiera ser —replicó Eller—. Si lo hace en un ángulo normal a la superficie, se fundirá mucho hielo, pero no todo, de modo que aún quedarán uno o dos centenares de miles de toneladas de hielo, lo suficiente para provocar una terrible catástrofe caso de que cayera sobre algún lugar habitado.

J. B. cerró los ojos, pensando por unos momentos en las posibilidades de tal suceso. Un enorme pedrusco de doscientos millones de kilos desplomándose sobre una de las ciudades marcianas, construidas y habitadas a costa de titánicos esfuerzos.

—Por eso íbamos nosotros acompañando al bloque —continuó el joven—. En el último momento guiaríamos sus propulsores por radio, haciéndole entrar en la atmósfera marciana según una órbita extremadamente tangente a la misma, de modo que la fusión se produjera totalmente antes de que pudiera tocar la superficie de su suelo.

—Esto nos va a costar un derroche inaudito de energía —masculló Porter—. Hemos de virar en redondo y sobreacelerar para alcanzar el bloque. De lo contrario se nos escapará, cosa que, en el mejor de los casos, nos costaría un buen montón de megadólares.

Acto seguido, se sentó ante el cuadro de mandos, empezando inmediatamente a manejar los controles de dirección, en tanto que Eller, armado del sextante y con la carta estelar proyectada en la pantalla contigua, efectuaba las mediciones oportunas para volver nuevamente a la órbita perdida.

Volando a una velocidad vertiginosa, superior al cuarto de millón de kilómetros a la hora y acelerando, además, continuamente, la astronave describió en el cielo un enorme semicírculo de varios centenares de kilómetros de radio, con el fin de evitar los efectos de la fuerza centrífuga, lo cual, navegando a una marcha tan veloz, hubiera producido unos efectos desastrosos en el interior del aparato. Esta maniobra requirió dos horas largas antes de que hubieran podido situarse de nuevo en la órbita perdida por causa de los forajidos.

Recibieron la respuesta de Ciudad Piedras, con el agradecimiento del consejo municipal. Fueron informados de la marcha de la epidemia, la cual parecía haberse contenido por sí sola, aunque, de vez en cuando, se produjesen casos aislados. Pero las muertes iban reduciéndose paulatinamente y se esperaba que en el transcurso de las próximas veinticuatro horas se habría conseguido eliminar por completo tan mortífero peligro.

Cuando terminaron, todos se sentían fatigados, pues llevaban casi veinte horas sin dormir. Acordaron descansar, quedándose Porter de guardia, alternando con Eller.

—¿Y los prisioneros? —preguntó éste—. Tendríamos que darles de comer.

—Déjelos de mi cuenta —exclamó la muchacha—. No se morirán de hambre y esto les ablandará

—¿Les ablandará? —inquirió él, muy extrañado.

—Sí —contestó ella, sin inmutarse—. Tengo que interrogarles y necesito que me contesten a las preguntas que he de hacerles. Bien, me voy a dormir; hasta luego—. Y se marchó, dejando estupefactos a ambos socios, sin que ninguno de los dos acertara a replicar palabra.

Cuando hubo descansado a gusto, J. B. se levantó, yéndose al baño del que salió una hora más tarde, fresca y limpia como una rosa, con el color rubio de su cabello aún más acentuado. Eller se quedó pasmado al verla aparecer.

—¿Qué le sucede? —preguntó ella—. ¿Me ocurre algo?

—Nada, sino usted misma. ¿Le parece poco?

Ella sonrió, evidentemente halagada.

—Muy ingeniosa su respuesta, Eller —dijo—. Se lo agradezco de veras.

—De todas formas —exclamó el joven—, me gustaba más antes, con el cabello largo y caído sobre los hombros.

—Ya me crecerá, descuide. Dejaré que lo haga cuando todo haya pasado.

—Cuando todo haya pasado —repitió Eller—; ¿qué tiene que pasar?

—Tenga un poco de paciencia. Por ahora, ¿no puede esperar unos minutos mientras desayuno?

—Claro que sí. Venga, la acompañaré a la cocina.

Mientras se preparaba unos huevos con tocino, J. B. preguntó:

—¿Qué tal están esos forajidos?

—Bien —contestó Eller—. Únicamente pidieron de comer, pero les dije que esperaran.

J. B. asintió distraídamente. Cuando tuvo listo el desayuno, lo colocó en una bandeja y se encaminó hacia el comedor.

—Cojan las pistolas y tráiganmelos, ¿quiere Eller?

Mientras veía alejarse a la muchacha, Eller se rascó la cabeza con aire dubitativo.

—Que me aspen si esa chica no se ha convertido en el capitán de la nave. ¡Vaya una manera de mandar!

Después se dirigió a cumplimentar lo que le había pedido.

Despertó a Porter y luego, entre los dos, condujeron a los prisioneros al comedor. Calder y Kuwongo sintieron que se les hacía

la boca agua al percibir el penetrante olor de los huevos, el tocino y el café.

Ella siguió comiendo durante unos momentos, como si no hubiese advertido la presencia de la pareja. Luego, limpiándose los labios con sumo cuidado, levantó la vista, en tanto sostenía en la mano, negligentemente, una taza de café.

—Bien, mis queridos granujas —dijo con acento de indiferencia—. ¿Qué cuenta mi particular amigo, el señor Wenner Medina?

Tom se inclinó hacia Eller.

—¿Lo conoces tú? —cuchicheó.

Eller meneó la cabeza.

—En mi vida he oído ese nombre —susurró.

Calder y Kuwongo dijeron lo mismo. En voz alta, naturalmente.

—Están mintiendo descaradamente —repuso la chica sin descomponerse—. Wenner Medina les ha enviado detrás de mí para atraparme. Pero, hasta ahora, sus golpes han dado siempre en el vacío. Como la acusación de que fui objeto, al achacárseme la muerte de Ulm. Pude escabullirme de la policía de Ciudad Piedras y espero hacer lo mismo con la de Marte.

—Eso a mí me importa un pepino —contestó Calder descaradamente—. Lo único que sé es que no he oído en mi vida el nombre de Medina, hasta este momento.

—¿Seguro?

—Díselo tú, Kuwongo —gruñó Calder, muy fastidiado.

—Mi compañero dice la verdad, señorita —contestó el congolés cuya mandíbula todavía aparecía hinchada.

—¡Menuda pareja de embusteros! —exclamó la muchacha—. Está bien. Veo que unas cuantas horas de encierro no han sido suficientes para ablandarles a mi gusto. Esperemos a ver qué dicen después de veinticuatro horas sin probar bocado.

—Lo mismo que ahora —contestó Kuwongo con desfachatez.

—Entonces, doblaré el tiempo de ayuno —aseveró la muchacha.

Su semblante no había perdido la placidez en ningún momento y continuaba comiendo con toda tranquilidad, mientras Eller y Porter se daban a todos los diablos preguntándose a dónde quería ir a parar J. B. con aquel interrogatorio tan sin sentido, al menos aparentemente.

—Puede matarnos de hambre y de sed, si así lo desea —dijo el

congolés—, pero ello no hará que reconozcamos una problemática amistad con ese Wenner Medina, a quien no hemos conocido jamás en todos los días de nuestra vida.

J. B. terminó el desayuno y encendió un cigarrillo.

—Bueno, admitamos que no lo conocen. ¿Y a Sigh Habbhadah?

Esta vez, la flecha dio en el blanco. Mientras Kuwongo se mordía los labios, Calder palidecía.

J. B. se echó a reír.

—Bueno, veo que ahora he acertado. De modo que manifiestan no conocer a Medina y sí en cambio a Habbhadah. ¿Qué incongruencia es ésa? ¿Por quién me han tomado? —De pronto, endureció el gesto y la voz—. Si antes de cinco minutos no me han dicho todo lo que deseo saber, les encerraré en su cámara, en la cual habré esparcido previamente el contenido de un par de ampollas de “Autoxyl”.

Calder se encogió de hombros.

—Esa amenaza no nos intimida. Ya sabemos cómo tratar a las células, señorita.

—¿De veras? Eso demuestra que conocen muy bien las particularidades de la droga.

—Más o menos —admitió el individuo.

—Bien, entonces estarán enterados de que las células que componen la base del “Autoxyl” pueden desarrollarse de modo increíble en un medio apto. No en el cuerpo humano, donde tienen, digamos, enemigos que contrarrestan esa fantástica velocidad de crecimiento, además de otros elementos perniciosos, y se ven limitadas a producir oxígeno, sino en otro ambiente mucho más favorable donde pueden crecer prácticamente sin límites.

J. B. exhaló el humo de su cigarrillo, formando unos cuantos aros de humo.

—Supóngase una cámara herméticamente cerrada, con objeto de que las células vivas del “Autoxyl” no puedan esparcirse fuera de ella. El ambiente de dicha cámara estará climatizado a unos 35° con un noventa por ciento de humedad. En cuarenta y ocho horas, una célula de “Autoxyl” crece, desde el tamaño microscópico hasta alcanzar más del metro de diámetro. Crece, alimentándose a sí misma, valga la paradoja, y está ansiosa de soltar el oxígeno que produce constantemente y que acabaría por causar su muerte, si no

lo hiciese así. Las células de “Autoxyl” están hechas para producir oxígeno; de lo contrario, el mismo oxígeno contenido en su organismo, acabaría por matarlas, aunque con más lentitud, por supuesto, que el ácido carbónico.

J. B. volvió a inhalar el humo.

—Muchas de ellas, la mayoría, morirían antes de alcanzar un tamaño que las hiciera visibles. Quizá murieran en una proporción terrible: un 999 por mil. Pero siempre quedaría la cantidad suficiente para ahogarles a ustedes. ¿Saben cuántas células de “Autoxyl” contiene una ampolla de cinco centímetros cúbicos? Se calcula que unos quince millones por centímetro cúbico. El resto, naturalmente, es un líquido neutro que las mantiene en suspensión animada, inertes, de la misma forma que se mantiene a un hombre en estado de hibernación, con todas sus funciones vitales suspendidas, pero no muerto, ni mucho menos. Se le revive y ese hombre vuelve a ser el mismo de antes. Lo mismo sucede, pues, con dichas células. Y —terminó concluyentemente—, ustedes no exhalan el suficiente ácido carbónico como para matar a varios millares de células que quedarían vivas.

Calder se llevó las manos a la garganta, como si ya percibiera el ahogo que le produciría una muerte como la que les anunciaba la muchacha.

—E… está bien —dijo—. ¿Qué es lo que quiere saber?

J. B. ocultó una sonrisa de satisfacción.

—Todo —declaró sin rodeos.

Calder miró a su compinche. Los ojos del congolés brillaban de furia y se hubiese arrojado contra aquél, de no ser por las pistolas que le contenían con su constante amenaza.

Después de unos instantes de vacilación, Calder habló. Estuvo haciéndolo por espacio de unos quince minutos, al cabo de los cuales concluyó:

—Eso es todo cuanto sé, lo juro, señorita.

—¿Seguro? —insistió ella.

—Absolutamente. No puedo añadir nada más a lo dicho. De todas formas —agregó—, ya fue una maldita casualidad que la encontráramos a usted en Calisto.

J. B. saltó en el asiento.

—Ah —exclamó—, conque sabe quién soy yo.

—Es fácil de suponerse, después de los informes que me dio el señor Habbhadah —contestó Calder desdeñosamente.

—Entonces, ya sabe usted qué es lo que persigo.

—Claro. No es preciso ser un lince para adivinarlo. Estábamos a la espera de una astronave para apoderarnos de ella y aquel estúpido de Winton tuvo que sufrir su accidente —gruñó Calder muy fastidiado al parecer.

—De modo que estaban a la espera de una nave, ¿eh? —gruñó Eller.

Calder se volvió para mirarle. Levantó los hombros.

—La suya u otra cualquiera ¿qué más daba? Teníamos que dejar la nuestra de reserva en Calisto para que luego la recogiese el profesor Habbhadah. —De pronto, el forajido se echó a reír—. Ahora no encontrará más que un montón de chatarra y una tumba.

—Parece que eso le divierte mucho, Calder —observó pensativamente la muchacha.

—Es que, ¿sabe?, acabo de darme cuenta de que este pedazo de carbón y yo hemos sido objeto de una burla completa —contestó el forajido, bastante irritado.

—Eso me importa poco —dijo ella—. Podía haberlo evitado si no se hubiese metido en estos líos. ¡Llévenselos!

Una vez estuvieron encerrados los dos forajidos en su cámara, Eller y Tom regresaron al comedor. El primero arrugó el ceño, en tanto se cruzaba de brazos frente a la muchacha.

—Bueno —exclamó, conteniendo difícilmente su enojo—, y ahora, ¿querrá usted explicarnos todo este maldito embrollo, señorita?

Ella encendió otro cigarrillo con perfecta tranquilidad de ánimo.

—Quizá sea un poco pronto todavía, señor Cavanaugh.

—¿Quiénes son esos tipos? —insistió el joven.

—Ya lo ha oído. Henry Calder y Joim Kuwongo.

Eller empezaba a impacientarse.

—¿Y Medina y Habbhadah?

—Otros dos tipos. ¿No le parece? —respondió ella con la misma indiferencia de antes.

Eller golpeó la mesa con fuerza.

—¡No me parece nada! —barbotó, colérico—. Lo único que me parece... no; que es cierto, es que usted se ha apoderado de mi nave

con sus monerías y sus sonrisitas y está disponiendo de ella como si fuera suya. Acláreme de una vez todo este maldito lío o explotaré, se lo aseguro.

Ella se puso en pie, sin dejar de sonreír. Se le acercó, poniéndole una mano en el hombro.

—Tenga un poco de paciencia, hombre —dijo en tono intrascendente—. Dentro de poco lo habremos resuelto todo, espero.

—¿Sólo... lo... espera? —preguntó él, enarcando las cejas.

—Podría asegurarlo, pero prefiero reservarme un pequeño porcentaje para un ligero margen de error.

—¡Bueno! —resopló Eller—. Ahora resulta que ni siquiera está segura. —Enseñó los dientes en una mueca de rabia—. Y... ¿de qué no está segura?

Ella cerró un instante los ojos. Respiró profundamente varias veces y al fin, con voz sorda, exclamó:

—De encontrar a los asesinos de mi padre.

Después de tan dramática declaración, se produjo una tensa pausa de silencio. J. B. se pasó la mano por la frente, como si quisiera alejar de sí alguna visión desagradable y luego, abriendo los ojos, sonrió.

—Les ruego me dispensen —murmuró—. Ha sido un momento de debilidad, que no debí haberme permitido nunca.

—Es usted la que tiene que dispensarnos, señorita —declaró Tom. El gigante miró a su amigo y le soltó un bufido—. No debieras haberla apretado tanto, hombre. Cuando ella no quería hablar, sus razones tendría, demonio.

—Excúseme, J. B. —dijo Eller sinceramente. No quería reconocerlo, pero sabía que a cada segundo que transcurría se estaba sintiendo más y más cerca de la muchacha, sin poder evitar la atracción que J. B. ejercía sobre él—. La culpa fue mía y sólo mía...

—No tienen por qué disculparse —sonrió ella—. A fin de cuentas, les he estado utilizando como pantalla para mis actividades y era inevitable que un día u otro sobreviniera algo parecido a lo que acaba de ocurrir. Se lo explicaré todo, para que lo comprendan mejor.

—No. —Tom levantó la mano—. Si no quiere hablar, no la

forzaremos a ello. ¿Estás de acuerdo conmigo, Eller? —Y como éste se mostrase un tanto remiso en asentir, le golpeó el costado con un codo—. Contesta, tú.

—Claro. Claro que sí —replicó el joven, un tanto azarado—. Por supuesto que...

En aquel momento, un zumbido intermitente empezó a sonar dentro de la nave. Los tres se miraron simultáneamente al oír aquel ruidito.

—El destellador de proximidad —exclamó Tom, echando a correr hacia la cabina de mando.

Eller le siguió al instante. Y J. B. no perdió mucho tiempo en hacer preguntas estériles. Se dirigió hacia la cabina, también a todo correr.

Al llegar a la sala de control, vio una lámpara amarilla que centelleaba con intermitencias sobre el cuadro de mandos. Tom ya estaba sentado frente al mismo y, sin volverse, exclamó:

—Tenemos una nave en las proximidades y trata de acercársenos.

—Exíjale que se identifique —dijo J. B. de modo sorprendente.

—¿Qué es lo que teme usted? —exclamó Eller, enormemente sorprendido ante la insólita petición de la muchacha.

Ella le miró de frente.

—Sencillamente, creo que en esa nave viajan los asesinos de mi padre y tratan de hacerme su prisionera —manifestó con rotundo énfasis.

CAPÍTULO VII

Eller no era hombre que perdiera el tiempo cuando de actuar se trataba. Mientras manejaba los mandos del cuadrante de radar, tratando de localizar la nave supuestamente enemiga, ordenó:

—Tom, emite la onda de identificación. Quizá J. B. sepa así a qué atenerse definitivamente.

—De acuerdo—contestó el grandullón. Tenía a la muchacha al lado y apenas transcurridos unos segundos, los dos pudieron ver una diminuta pantalla iluminada, en la cual aparecieron unos grupos de letras y cifras.

J. B. deletreó lentamente:

—D.D. 7-25 SZ-0091 T —y después de unos instantes exclamó—: ¡No hay la menor duda: es la nave de Medina!

—Medina —repitió Eller pensativamente—. Recuerdo que Calder mencionó su nombre.

—Por supuesto. Ése es el hombre que asesinó a mi padre.

—Bien —contestó el joven—. Pues ahora lo tenemos muy cerca. A unos ochocientos mil kilómetros de distancia, tratando de alcanzarnos.

—Podemos zafarnos de su persecución —sugirió Tom.

Eller meneó la cabeza.

—Imposible.

—¿Por qué?

—Mira las siglas de identificación. Bastarán para hacerte saber que es un astroyate de recreo, capaz de alcanzar con toda facilidad los seiscientos mil a la hora, en tanto que nosotros no podemos rebasar la mitad de dicha velocidad, so pena de provocar la inestabilidad de nuestros hornos atómicos. Y tú no querrás volar en pedacitos por los aires, ¿verdad, grandote?

—Si ese tipo es la mitad de lo que ha contado la muchacha, no creas que nos irá mucho mejor una vez nos haya echado el guante.

—Es una lástima que no tengamos a mano el bloque de hielo —dijo Eller con aire meditabundo.

—¿Por qué? —preguntó J. B.

—En el último segundo, podríamos haberlo colocado entre la nave de los bandidos y nosotros. Ahora...

—¡Escuchen! —exclamó Tom de pronto—. Nos están llamando.

Eller abandonó el radar, yéndose al cuadro de mandos, junto a su amigo y a la muchacha.

—¡Atención! ¡Atención! —dijo una voz gangosa a través del alto parlante—. Aquí astronave “Minos”. Rogamos dispongan todo para el abordaje. Tenemos necesidad de pasar a su bordo. No intenten resistirse; sería peor para ustedes. Repetimos: aquí astronave...

Los tres jóvenes escucharon la intimación que se les dirigía. Al concluir el mensaje, Tom se volvió hacia Eller, consultándole:

—¿Qué contesto, Eller? —inquirió.

—Déjame a mí —pidió el joven, tomando el micrófono—. Escuche, “Minos”. Aquí el comandante de la “Laurie”. ¿Qué es lo

que desean de nosotros? ¿Por qué nos intiman a detenernos? Esto es un acto de piratería, contra todo derecho...

—No se haga el desentendido, capitán de la “Laurie” —contestó la misma voz—. Ustedes llevan a bordo una persona de la cual deseamos apoderarnos. Una vez esté con nosotros, les dejaremos continuar su viaje.

—Eso está muy bien. Pero necesito alguna garantía —contestó el joven—. ¿Cómo puedo saber que cumplirán su parte del pacto... si les entrego a esa persona?

—Debe bastarle nuestra palabra, capitán de la “Laurie”. En el momento actual, nos separan unos ochocientos mil kilómetros de distancia. Dentro de dos horas, la distancia se habrá reducido a menos de doscientos mil; estarán lo bastante cerca para poder dispararles un proyectil perforante. Y ya puede darse una idea de lo que sucede cuando una nave recibe el impacto de un artefacto semejante, ¿me ha oído?

Las manos del joven se crisparon.

—Perfectamente —dijo—. Dejaremos que se vayan acercando.

—De acuerdo. Es usted muy sensato, capitán de la “Laurie”. No obstante, tenga en cuenta que mis proyectiles perforantes lo mismo actúan a doscientos mil kilómetros que a un metro de distancia, ¿comprende? La única diferencia estriba en el tiempo que el proyectil tarda en recorrer la distancia que hay entre ambas naves en el momento del disparo. Si es hombre sensato, y parece serlo, podrá darse una ligera idea de lo que...

Eller se aburrió.

—Comprendo todo perfectamente, capitán de la “Minos”. Le estamos esperando... y ¡ojalá mientras tanto le estalle una pila de su maldito astroyate! —Y cortó la comunicación en seco.

Al restablecerse el silencio, Porter miró a su amigo.

—No pensarás entregar a J. B., ¿verdad?

—¿Por quién me has tomado? —rezongó el joven—. Déjame pensar. Necesito ganar tiempo y por eso dije que sí. Aunque, desde luego, pienso hacer todo lo posible para...

J. B. le interrumpió repentinamente.

—¡Se me ha ocurrido una idea! Vengan conmigo.

Eller y Tom la miraron. El gigante dijo:

—Hasta ahora sus ideas no han sido malas del todo. Explíquese,

a ver cómo es ésta. Si nos convence, puede que la pongamos en práctica. ¿Te parece bien, Eller?

El joven asintió. Entonces J. B. explicó su plan. Al terminar, dijo:

—Si piensan llevarlo a la práctica, es conveniente que actuemos cuanto antes. No podemos perder un minuto.

Eller vaciló. Finalmente preguntó:

—Después de lo sucedido, ¿no nos causará ningún daño? ¿Está segura de ello, J. B.?

—Míreme a mí. No me ha ocurrido nada, ¿verdad?

—La chica tiene razón, Eller —dijo Tom, apoyando a J. B.—. Es una buena idea. Y, si he de decirte la verdad, me fío tan poco de ese pirata como del recaudador de impuestos.

—Está bien —accedió Eller—. De acuerdo. Hagámoslo cuanto antes. Así, ese individuo no podrá pescarnos desprevenidos.

* * *

Tres horas más tarde la “Minos” llegaba al lado de la nave donde iban Eller y sus amigos. A través de una de las lucernas de los costados pudieron observar las maniobras del piloto, a fin de equiparar las órbitas respectivas.

Admiraron la finura de líneas del astroyate, construido especialmente para desarrollar altas velocidades en el vacío espacial y capaz de aterrizar en cualquier lugar, con o sin atmósfera, lo mismo verticalmente que sobre su vientre, merced a las aletas estabilizadoras de que estaba dotado. Pronto se abrió una escotilla en uno de sus costados y entonces Eller, J. B. y Tom se dirigieron hacia la esclusa de acceso.

Dos hombres franquearon el espacio que separaba las dos naves. Iban, naturalmente, provistos de sus escafandras y se colaron en la esclusa. Eller cerró la compuerta exterior, restableciendo entonces la presión. Al terminar, abrió la compuerta que daba acceso al interior de la nave.

Al penetrar en el pequeño vestíbulo, los dos desconocidos se despojaron de sus cascos. Eller y Tom observaron con curiosidad a los recién llegados, sin saber cuál de los dos resultaba más repelente: si el frío y engominado Medina o el bestial David Little.

Medina se presentó e hizo lo mismo respecto a su acompañante.

Sonrió, satisfecho de haber conseguido sus propósitos.

—Celebro mucho su sensatez, señor Cavanaugh. Esto les ha evitado males peores, cosa que, francamente, me habría desagradado.

—A mí tampoco me hubiese gustado —declaró el joven, refunfuñando—. Concretamente: ¿qué es lo que quiere usted de nosotros?

—De usted nada —repuso el asesino—. De la señorita Slezak sí, ¡y mucho!

J. B. se atusó el cabello.

—Veo que no me ha servido de nada cortarme el pelo —dijo.

—En todo momento hemos estado tras su pista —contestó Medina—. Aunque es cierto que en muchas ocasiones se nos ha escabullido. Pero al fin hemos podido dar con usted.

—¿Cómo lo consiguieron?

—Después de la muerte de Ulm, destaqué a mis hombres para que vigilasen todas las astronaves que salían del astropuerto de Ciudad Piedras. Al ver que no viajaba en ninguna de ellas, busqué en las de los mineros más cercanos a la ciudad. Por eliminación, deduje que tenía que hallarse a bordo de ésta. Acerté —concluyó Medina muy orondo.

—Era sencillo —murmuró la muchacha—. De modo que ustedes mataron a Ulm —dijo, dándolo por sentado.

—Efectivamente —concordó Medina.

—¿Por qué?

El forajido se encogió de hombros.

—No teníamos nada contra él, excepto que trabajaba para Habbhadah. Como usted no ignora, señorita Slezak, el profesor Habbhadah adoptó una actitud que bien podríamos llamar secesionista, al estimar, muy inexactamente, por cierto, que los beneficios que recibía de la fabricación y venta del “Autoxyl” eran exiguos. Mi opinión es totalmente contraria, por supuesto, y decidimos advertirle de este modo, advertencia que, espero, habrá servido también para sus sicarios.

—Pero no entiendo —murmuró ella— por qué se llevaron las cajas de “Autoxyl”, dejando allí una verdadera fortuna en dinero.

—Un medio como otro cualquiera de provocar confusión en los agentes encargados de investigar tal muerte —contestó Medina sin

inmutarse.

—Bueno —intervino Eller—, y ahora ¿qué es lo que pretenden de la señorita Slezak?

—Una cosa muy sencilla. Ella puede hacerlo, puesto que es poseedora de la fórmula. Hay en el “Autoxyl” algo que falla y ustedes lo saben tan bien como yo. En las circunstancias actuales, resulta peligroso utilizar dicha droga. El difunto profesor Slezak fue más astuto que lo que yo pensaba y dejó la fórmula inconclusa, es decir, con las células en un peligroso estado vital que hacen punto menos que imposible su utilización. Queremos que la señorita Slezak nos dé esa fórmula, para hacer inerte las mencionadas células y que sólo se muestren activas una vez en el interior del organismo humano. Muy sencillo, como pueden ver.

—Y usted espera —dijo ella, con la respiración agitada por la cólera—, que yo haga un pacto con el asesino de mi padre.

—No le queda otro remedio, mi querida señorita —sonrió Medina—. Está en nuestras manos.

—¿Qué sucedería si me negase a obedecerles?

—Sus amigos también son prisioneros míos —dijo el forajido significativamente.

—Dio su palabra de no hacernos daño alguno —gruñó Porter—. ¿Es que ahora piensa echarnos por la borda?

—Todo depende de la actitud que adopte la señorita Slezak —contestó Medina con untuoso acento.

J. B. miró de reojo a los dos amigos. Para terminar de convencerla, Medina apoyó sus palabras con algo más convincente.

—Lamento ser el autor de la muerte del profesor Slezak —dijo —; pero esto es algo que ya no tiene remedio. Usted debe olvidarlo, señorita, y pensar que odiándome no conseguirá nada positivo. En cambio, si accede a mi petición, podrá obtener una muy saneada fortuna en poco tiempo. Echaremos la patente del “Autoxyl” y...

Ella dejó caer los brazos a lo largo de los costados.

—Está bien —dijo—. De acuerdo. ¿Cuándo empezamos?

—Una vez hayamos regresado a nuestro laboratorio de la Tierra, señorita —dijo Medina, sin poder ocultar el júbilo que el hecho le producía—. Entretanto ¿por qué no procura distraerse dictando la fórmula a mi secretario, el señor Little[1]?

J. B. miró al gigante, aún de mayor estatura que Porter.

—Su apellido es una total incongruencia —dijo—. No tiene nada de pequeño.

—En todo caso —contestó Little con una voz aflautada y ridícula, que compaginaba mal con su enorme corpachón—, la culpa no es mía, señorita Slezak.

Ella le miró con desdén, al mismo tiempo que suspiraba.

—De acuerdo. Véngase conmigo a mi camarote, “Pequeño”. Usted, “Pelo Engominado” —se dirigió acremente a Medina—, vaya preparando el cheque.

—Estoy por completo a sus órdenes, señorita —se inclinó el asesino, haciendo una profunda reverencia.

Eller sintió ganas de partirle la nuca de un puñetazo, pero se abstuvo de hacerlo por consideración hacia la muchacha. Unos instantes más tarde lamentó no haberlo hecho, porque, apenas habían desaparecido Little y la muchacha tras la puerta del comedor, el forajido sacó una pistola con la cual encañonó a los dos amigos.

—Y ahora —dijo con voz baja y concentrada—, diríjanse a la esclusa. ¡Pronto, no tenemos tiempo que perder!

Eller se alarmó.

—¡Eh, oiga! ¿Qué es lo que pretende usted hacer con nosotros?

—Camine y lo verá ahora mismo. —Medina sonreía cruelmente, en tanto les apuntaba impertérrito con la pistola—. ¿O prefiere que lleve su cadáver hasta allí?

Eller se humedeció los labios con la lengua y luego miró significativamente a su amigo. Porter se encogió de hombros.

—Parece ser que no tenemos otro remedio que obedecer —dijo.

—El señor Porter es muy comprensivo con las circunstancias de la situación actual —rió Medina—. Caminen, por favor.

—Lo único que comprendo es que usted tiene una pistola y nosotros no —gruñó el gigante—. De lo contrario, ya haría rato que le hubiera retorcido el cuello como a un pollito.

—Mala suerte —filosofó Medina—. Para ustedes, naturalmente.

Llegaron a la esclusa, cuya compuerta interior continuaba abierta.

—Pasen dentro —dijo el asesino con voz metálica.

Eller se revolvió velozmente.

—¡Qué! —exclamó—. ¿Va a lanzarnos al espacio?

—Exactamente —concordó Medina con gesto impasible—. Vivos o muertos, me da igual. Y si les dejo salir vivos es por no asustar a la señorita Slezak con las detonaciones. No me gustaría que se enterase de su muerte antes de tiempo, eso es todo. Cuando lo sepa, ya habrá pasado demasiado tiempo para lamentarse.

—Ella es muy lista —advirtió Eller—. Le dará un disgusto cuando menos se lo piense.

—Si le engordo el cheque a base de ceros, verá qué pronto se olvida de ustedes —sonrió el asesino—. Vamos, por última vez.

Tom apoyó la mano en el hombro de su amigo.

—Entremos, Eller —dijo lúgubremente—. No nos queda otro remedio.

El joven asintió y cruzó la divisoria, seguido del gigante. Acto seguido la pesada compuerta empezó a girar.

Treinta segundos más tarde, la escotilla exterior se abría casi de golpe. El aire contenido en la esclusa se escapó instantáneamente, convertido en una masa de vapor blanquecino que muy pronto se disipó en el espacio.

Los cuerpos de los dos amigos, rígidos, inertes, fueron lanzados al espacio y, flotando en el vacío, empezaron a alejarse lentamente de la astronave.

CAPÍTULO VIII

La nave pasaba muy cerca de Calisto, a unos pocos miles de kilómetros de la helada superficie del satélite. Era una sensación muy extraña tener aquel blanquísimo globo sobre la cabeza, dando la impresión de que en cualquier momento iba a caer sobre el espectador, tal era el espectáculo que se ofrecía.

Pero esto no era más que una sensación subjetiva, derivada de la posición que Eller y Tom habían adoptado al salir al espacio y quedar en el lado opuesto del astroyate, hurtándose así a las posibles e indiscretas miradas de Medina y su compinche. Estaban en pie, inmunes por completo al espantoso frío del vacío sideral y a los efectos que la descompresión debiera haber causado en sus cuerpos, “respirando” normalmente, gracias a la dosis de “Autoxyl” que J. B. les había inyectado antes de que llegaran Medina y su

compinche.

Permanecieron así durante largo rato, aguardando a que los forajidos salieran de la nave. De vez en cuando, Eller o Tom se asomaban para avizorar la escotilla de la “Laurie”. La fórmula, pensó el joven, debía de ser larga de dictar. ¿O era acaso que J. B., con su positiva astucia estaba dando largas al asunto a fin de facilitarles tiempo suficiente para actuar?

Al cabo de un rato, Eller empezó a cansarse de aquella postura, que debían mantener forzosamente para no despegarse de la nave, a cuyo casco permanecían adheridos merced a las suelas magnéticas de que se habían provisto con tiempo.

Se volvió hacia su amigo, indicándole por señas que le sujetase a fin de no volar por el espacio. Ya habían pasado una vez por aquel trance y no deseaba repetir la experiencia.

Tumbándose en el casco, empezó a arrastrarse hasta asomar la cabeza por el otro lado. La escotilla de su nave continuaba cerrada todavía.

Se sintió desconcertado. Claro que habían adoptado el plan de engañar a Medina y a su compinche, pero ahora estaba irresoluto acerca de la decisión a tomar. El “Autoxyl” era una droga magnífica, pero tenía un inconveniente: no permitía hablar en lugares carentes de atmósfera.

Las dos naves continuaban volando por el espacio a una velocidad de trescientos mil kilómetros por hora, que era el máximo que podía alcanzar la “Laurie”. La distancia entre ésta y la “Minos” era de unos diez metros, fácil de salvar con un leve impulso... si luego se contaba en el otro lado con un agarradero. Pero no había ninguno.

Súbitamente, se le ocurrió una idea. Volviéndose de espaldas, se quitó una de las botas magnéticas. Tom le miró, enarcando las cejas como preguntándole qué era lo que iba a hacer.

Por el mismo sistema de signos mímicos, Eller le contestó que ya había pasado demasiado tiempo –el aceitado de su reloj de pulsera se había congelado en el vacío y, por lo tanto, la maquinaria se había parado- y que ya era hora de intentar algo. Le dijo que se quedase allí, que él iba a investigar lo que sucedía.

Tom accedió a regañadientes. Entonces Eller se deslizó por el casco en dirección opuesta, hasta quedar bajo el vientre de la

“Minos”.

Aguardó unos momentos. Podía ser visto, pero, para que esto ocurriese, Medina o Little tenían que forzar la postura, dada la exigua distancia que separaba a ambos navíos. Entonces, impulsándose con fuerza, se despegó de la “Minos”.

Era preciso tener los nervios muy bien templados para dar un salto de aquella naturaleza. Cuando uno no está acostumbrado a viajar por las estrellas, hallarse fuera de la nave da la sensación de permanecer en la boca de un enorme pozo sin fondo. No hay arriba ni abajo, a menos que se tenga la referencia visual de algún astro cercano -Calisto ya se había quedado muy atrás- y mírese hacia cualquier lado que se mire, siempre parece que uno se va a hundir en ese pozo que no tiene término. Estirando el brazo derecho, en cuya mano sujetaba la bota magnética, Eller pudo ganar el casco de la “Laurie” El golpe resonó con metálicos ecos en el interior de la nave.

Medina estaba con Little y la muchacha, en tanto ésta seguía dictando al secretario. Al oír el golpe, que repercutió leve pero perceptiblemente en todo el ámbito de la nave, levantó la cabeza.

—¿Qué ha sido eso? —exclamó.

J. B. se interrumpió, mirando alarmada a través de la lucerna. Su posterior suspiro de satisfacción, emitido de un modo por completo inconsciente, no pasó inadvertido a los agudos ojos y oídos de Medina.

—¿Conque lo hizo, eh? —murmuró.

—No sé qué quiere decir con eso —dijo ella, dignamente.

—Antes de mi llegada, inyectó el “Autoxyl” a sus dos amigos. Y ahora andan merodeando en torno a la astronave, ¿no es cierto?

—Le repito que no sé de qué me está hablando, señor Medina —contestó ella altivamente.

El asesino cogió con fuerza la muñeca de la muchacha.

—Está bien —dijo—. Usted también debe de haberse inyectado la droga. Con el “Autoxyl” puede vivirse en el espacio impunemente. Pero a su sabiondo papá se le olvidó añadir concentrado de jugo de carne, como alimento. Ya me dirá lo que sucede cuando lleve dos días sin comer ni beber ahí afuera.

J. B. sonrió desdeñosamente.

—Es usted un traidor, Medina. —Y le escupió a la cara. Luego,

de repente, antes de que el sorprendido individuo pudiera hacer nada, le arrojó todos los papeles que había sobre la mesa, aturdiéndole momentáneamente.

Little estaba en el lado opuesto, copiando la fórmula que le dictaba la muchacha. Cuando quiso intervenir era ya tarde.

J. B. se puso en pie y echó a correr hacia la esclusa. Era más joven y más ligera que el asesino y, por lo tanto, llegó antes que éste a la compuerta, cuyo mando de apertura empezó a manejar al instante.

Pero antes de que la escotilla se hubiese abierto del todo, llegaron Medina y su acólito. Little se cogió en brazos a la muchacha, llevándosela de allí pese a su resistencia. Medina cerró la compuerta, regresando al comedor lleno de cólera.

—Esto no le servirá para nada —gritó, golpeando con fuerza la mesa—. Termine la fórmula o juro que la mataré.

J. B. se sentó, cruzando las manos sobre el pecho, con gesto obstinado.

—Ya puede hacerlo —dijo—. Está acostumbrado a matar a la gente una vez consigue lo que desea, de modo que si he de morir, prefiero llevarme a la tumba el resto de la fórmula. Es complicadísima; llevo una hora dictándole a su esbirro y todavía me queda otro tanto. Conque usted mismo puede deducir las consecuencias de su acción.

—¡Le obligaré a hablar! —chilló Medina, perdiendo por primera vez la calma.

Little se puso en pie, enderezando su enorme humanidad.

—Déjame a mí —dijo. Miró a la muchacha, pero ella no pareció inmutarse—. Señorita Slezak, por su propio bien, le ruego diga todo cuanto sabe.

Ella sonrió desdeñosamente.

—¿Y cómo puede estar usted seguro —exclamó— de que lo que le dicte a continuación será el resto de la fórmula?

Los dos hombres se miraron, desconcertados. Ella emitió una sorda carcajada.

—Están en mis manos —dijo— y no lo pueden remediar. Tienen que fiarse de mí, pero yo, naturalmente, no me fío de ustedes. ¿Creen que tengo ganas de que me disparen un tiro en la nuca después de que me hayan arrancado todos los secretos? Mi padre

fue listo, sí. No es que desconfiase plenamente de ustedes, pero intuyó que quizás el primer camino estaba ligeramente equivocado. Sus células estaban vivas, cuando lo que se necesita es que lo estén solamente en el interior del cuerpo humano. Descubrió el modo de hacerlas inertes fuera del organismo humano y, si ustedes se hubiesen portado bien con él, habría terminado por resolver el problema de modo satisfactorio para todos. Me escribió una larguísima carta con la fórmula. Tengo buena memoria y no suelo fallar. Hasta ahora, todo lo que he dictado es correcto, pero ¿cómo saben que lo será lo que sigue a continuación?

Medina y Little se miraron. Los argumentos de la muchacha eran irrebatibles. De pronto, el primero hizo una señal y se llevó a su satélite a un punto apartado del comedor.

—Creo que en el botiquín de la “Minos” hay algo de pentotal sódico, ¿verdad?

—Sí —concordó Little.

—Bien —dijo Medina—. Ve a buscarlo y tráete una buena dosis. Haremos hablar a la chica aunque no quiera.

—Conforme —resolvió Little—. Pero vigílala atentamente. Esa mujer es más peligrosa que un elefante loco y con más veneno que una cobra.

Medina le guiñó el ojo.

—No tengas miedo. No ocurrirá nada de particular. Ve y date prisa.

Little se dirigió a la esclusa del navío, ignorante de que Eller había estado espiando la cámara desde el exterior. Mientras, Medina se puso a hablar de temas intrascendentes con la muchacha, con el fin de distraer su ánimo.

Pasaron unos minutos; quizá no llegaron a cinco. De pronto, J. B. vio una persona detrás de Medina, el cual daba la espalda a la puerta.

Aquella persona le resultó desconocida en los primeros momentos. Era un rostro que no había visto nunca. ¿Quién era? ¿Por qué estaba allí aquel hombre?

El recién llegado penetró sigilosamente en el comedor. Llevaba un objeto en la mano y levantó ésta.

Petrificada por el espanto, J. B. se sintió incapaz de hacer el menor gesto. Súbitamente, una ráfaga de comprensión sacudió su

cerebro, momentáneamente embotado.

¡El hombre era Kuwongo!

Pero ¿por qué ahora tenía la piel blanca si antes era negro? Súbitamente, comprendió que el tono oscuro de la tez del supuesto Kuwongo no había sido más que un disfraz y también adivinó de modo instantáneo su identidad.

El grito que se le escapó fue por completo involuntario, pero no por ello menos estridente.

—¡Profesor Habbhadah! —chilló.

Al oír aquel grito, Medina se volvió, terriblemente sobresaltado, en el momento en que Habbhadah descargaba su golpe.

El arma que el profesor empuñaba era un simple destornillador, capaz, no obstante, de inferir una herida mortal. Pero el golpe fue asestado en un sitio distinto al que Habbhadah había pensado.

Al volverse, Medina presentó el rostro al profesor. Éste ya no podía detener su impulso, en el cual había empleado, por otra parte, todas sus fuerzas.

El destornillador era largo y afilado. Se hundió casi hasta el mango en la garganta de Medina, que se derrumbó al suelo, pataleando espasmódicamente, en tanto luchaba con desesperado frenesí por arrancarse aquella arma que le estaba quitando la vida.

El odio velaba la razón de Habbhadah. Ciego de cólera, se arrojó sobre el cuerpo de Medina, apretando nuevamente el destornillador, hasta que la inmovilidad del forajido le indicó que acababa de morir.

Entonces se levantó. Tenía los ojos fuera de las órbitas y miraba a la muchacha con una expresión horrible en su cara, parte de la cual estaba manchada de sangre, lo mismo que sus manos.

—Y ahora —dijo, señalando los papeles— quiero la fórmula. He estado oyendo todo el rato su conversación por el intercomunicador y no quiero que me engañe como a este idiota. Soy bioquímico y no podrá tomarme el pelo como hizo con Medina y su acólito, ¿estamos?

Por primera vez en todo aquel tiempo, J. B. sintió miedo. Retrocedió, hasta que su espalda tocó el mamparo adyacente a la puerta.

—Vamos —gruñó Habbhadah—, siéntese y escriba.

Ella meneó la cabeza.

—No… no… No lo haré.

Con un gesto que escalofrió a la muchacha, Habbhadah se inclinó y arrancó el destornillador de la garganta del cadáver.

—¿Quiere que le haga lo mismo que a Medina? —exclamó, avanzando hacia ella.

J. B. pensó por un momento que estaba sufriendo la más espantosa de las pesadillas. No, aquello no podía ser verdad. En cualquier momento se despertaría, encontrándose en su lecho, feliz por haberse librado de aquel mal sueño.

Pero no era un sueño, sino una amarga realidad. Habbhadah continuaba avanzando hacia ella, con el destornillador en la mano. La herramienta aún goteaba roja sangre.

De pronto, J. B. lanzó un terrible alarido, cuyos ecos se expandieron por todo el ámbito de la nave. Como si aquello hubiera sido un latigazo eléctrico que le obligara a salir de aquel maléfico estatismo, saltó hacia la puerta y echó a correr pasillo adelante, en el preciso momento en que Eller y Tom franqueaban la escotilla.

Habbhadah corrió tras ella, pero se detuvo al ver la pistola que Eller empuñaba en su mano derecha.

—¡Quieto! —ordenó el joven perentoriamente, sin comprender mucho por qué estaba aquel hombre desconocido a bordo de su nave—. Quieto o dispararé. Se lo advierto.

J. B. había conseguido ya ganar el refugio de los dos hombres. Se escondió tras Eller, gritando:

—Es el profesor Habbhadah, que se había disfrazado de Kuwongo. Está loco, Eller.

—No estoy loco —repuso el mencionado avanzando hacia ellos —. Lo único que deseo es que la muchacha concluya de dictar la fórmula.

—Hicimos un trato, ¿no lo recuerda? —exclamó Eller—. Nosotros callaríamos su presencia a bordo y así Medina no les molestaría.

—Ustedes se refirieron a Kuwongo, no al profesor Habbhadah — dijo éste, desdeñosamente—. Yo trabajé casi tanto como el padre de la señorita; por lo tanto merezco un premio…

Habbhadah se interrumpió de pronto, lanzando un furioso aullido. Calder, surgiendo por detrás, acababa de darle un fuerte golpe en la muñeca, desposeyéndole del destornillador.

—¡Maldito! —gruñó el profesor, ciego de ira. Parecía haber enloquecido—. Te mataré por esto que me has hecho. —Y se arrojó contra Calder.

Pero el profesor era hombre de estudio y no de acción. De modo que no pudo resistir durante mucho rato los golpes que le propinó el otro. Calder la emprendió a puñetazos contra él, derribándole semiinconsciente muy cerca de la puerta de acceso a la cabina de mando.

Eller guardó la pistola, en tanto se le acercaba Calder.

—Les estoy muy agradecido —dijo—. Por dos veces me han salvado la vida. Una en Calisto y otra ahora. Si Medina y su compinche llegan a echarme mano, no sé qué hubiera sido de mí.

De pronto, J. B. lanzó un agudo chillido.

—¡Cuidado, Eller! ¡Retrocedan, pronto!

El joven volvió la cabeza. Por la puerta de la cabina salía flotando media docena de aquellas repugnantes células, revoloteando lentamente, lo mismo que vampiros en busca de su presa.

—¡A la esclusa, pronto! —aulló el joven.

Calder le siguió a todo correr.

Habbhadah vio las células que planeaban sobre él. Trató de ponerse en pie, pero sus fuerzas habían disminuido notablemente. Antes de que hubiera podido recorrer dos pasos, aquellos seres repugnantes se le arrojaron encima, ávidos de soltar el oxígeno que contenían en su organismo.

Eller cerró la puerta estanca que daba al pasillo, justo cuando una de las células iba a cruzar la puerta. El sistema de comunicaciones interno estaba conectado y pudieron escuchar los alaridos de agonía de Habbhadah. No duraron mucho, ciertamente; antes de un minuto, se hizo un silencio denso, siniestro, total.

* * *

Por pura precaución, esperaron varias horas antes de volver a la nave. Cuando al fin Eller se atrevió a abrir la puerta, solo restaba arrojar al espacio el cadáver de Habbhadah y los repugnantes restos de aquellos seres unicelulares.

Little estaba prisionero. Después de la muerte de Medina había

caído en un abatimiento profundo, casi incomprensible en un hombre de su tamaño. Prometió, por supuesto, deponer en la investigación que se haría apenas llegaran a suelo civilizado. Calder dijo que también declararía cuanto supiese.

Poco más tarde, Eller tuvo ocasión de quedarse a solas con la muchacha. Sin preámbulos de ninguna clase, la rodeó con sus brazos.

—Y ahora —dijo—, ¿puedo saber cuál es tu nombre, querida?

Ella sonrió picarescamente.

—Claro que sí. Me llamo Jessie Bonita. Éstas son las iniciales que llevo en mi traje. No quise añadir la S del apellido paterno, para así pasar mejor inadvertida y confundir a mis enemigos.

—Estarás satisfecha. Has conseguido lo que deseabas: vengar a tu padre y, además, quedarte con la fórmula.

Ella hizo un gesto de desdén.

—No sé si seguiré adelante con el "Autoxyl". A ti, ¿qué te parece, Eller?

El joven se inclinó para besarla. Jessie, por supuesto, no se resistió.

—Yo —dijo Eller— ando en busca de otra fórmula mejor. Y más sencilla, por supuesto.

—¿Sí? —Jessie enarcó las cejas—. ¿Cuál es?

—Ésa que pronuncia un sacerdote delante de un hombre y una mujer que quieren casarse. ¿Qué te parece?

Ella apoyó la cabeza en el pecho del hombre.

—No hay fórmula mejor en este mundo —susurró la joven.

En aquel momento Tom lanzó un grito.

—¡El bloque de hielo está a la vista! —Su voz sonaba llena de alborozo.

Irrumpió en la cabina donde estaban los dos jóvenes.

—Eller, el bloque de hielo está…

Se interrumpió. Se quedó en el umbral, rascándose la cabeza pensativo.

—¿Qué les importa a éstos el hielo ahora? —murmuró. Y dio media vuelta, sin que Eller ni Jessie se hubiesen enterado de su presencia.

FIN

[1] N. E. Little, en inglés significa “pequeño”.